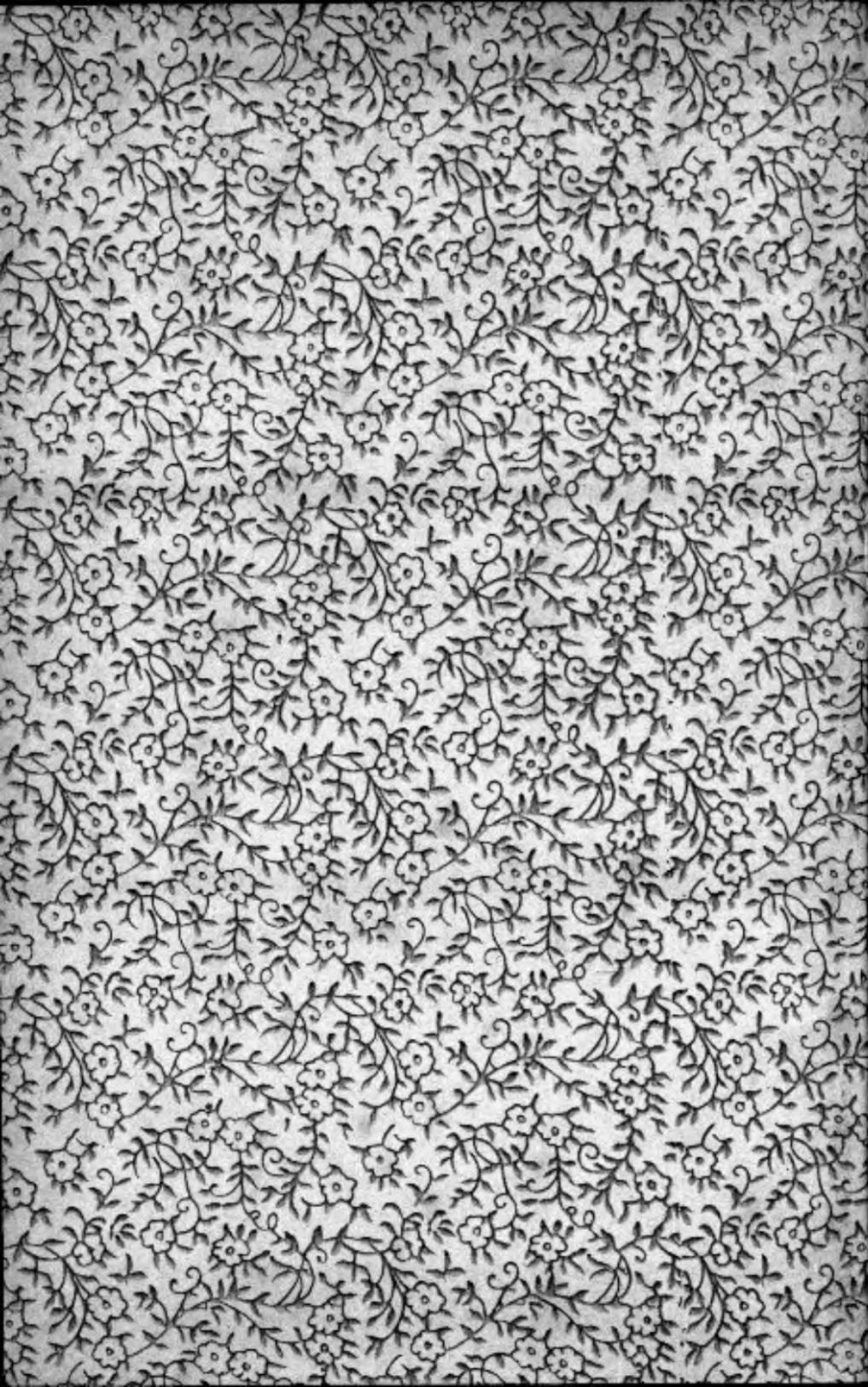
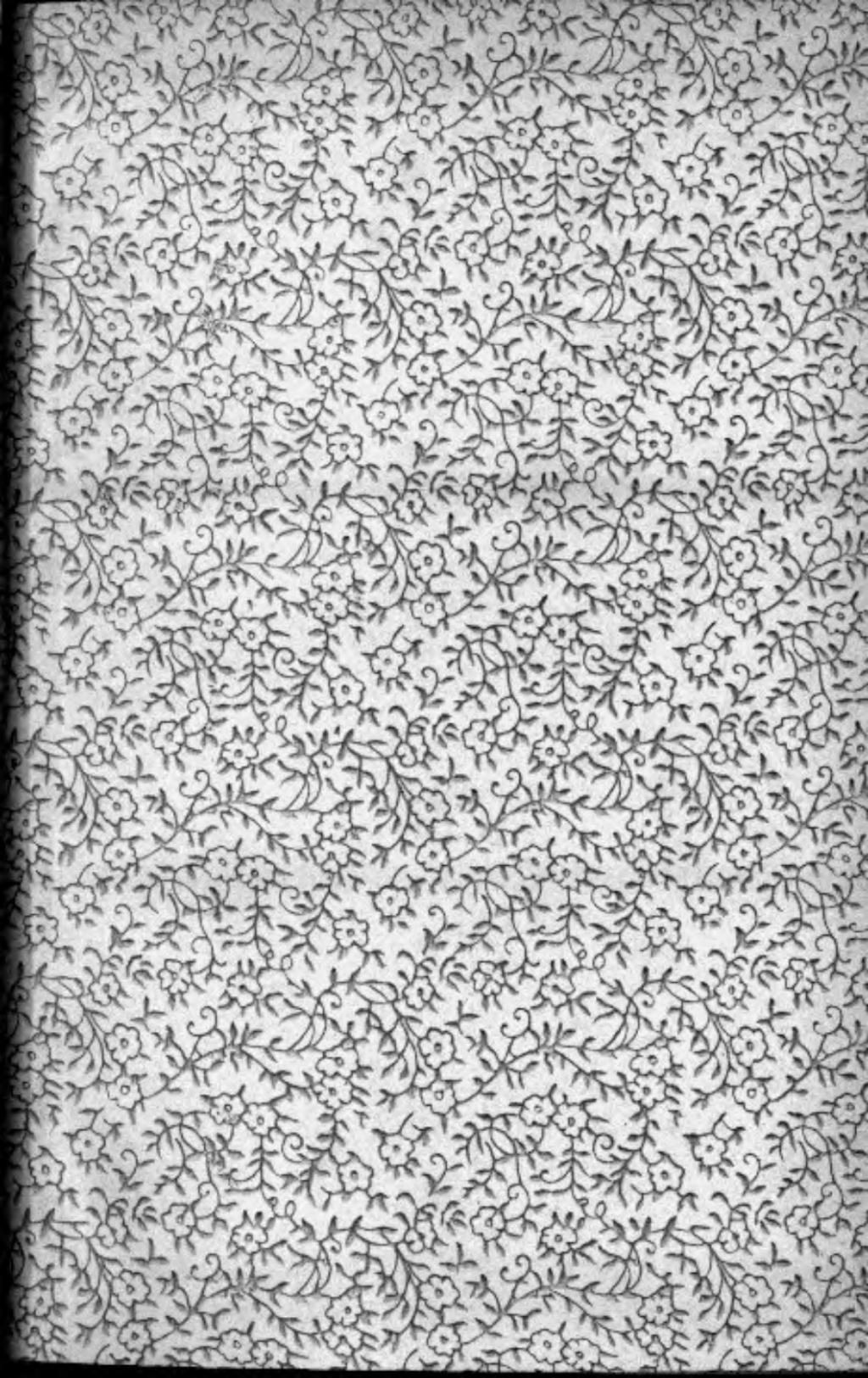


BLAZ DE LIRE

ATU

20052





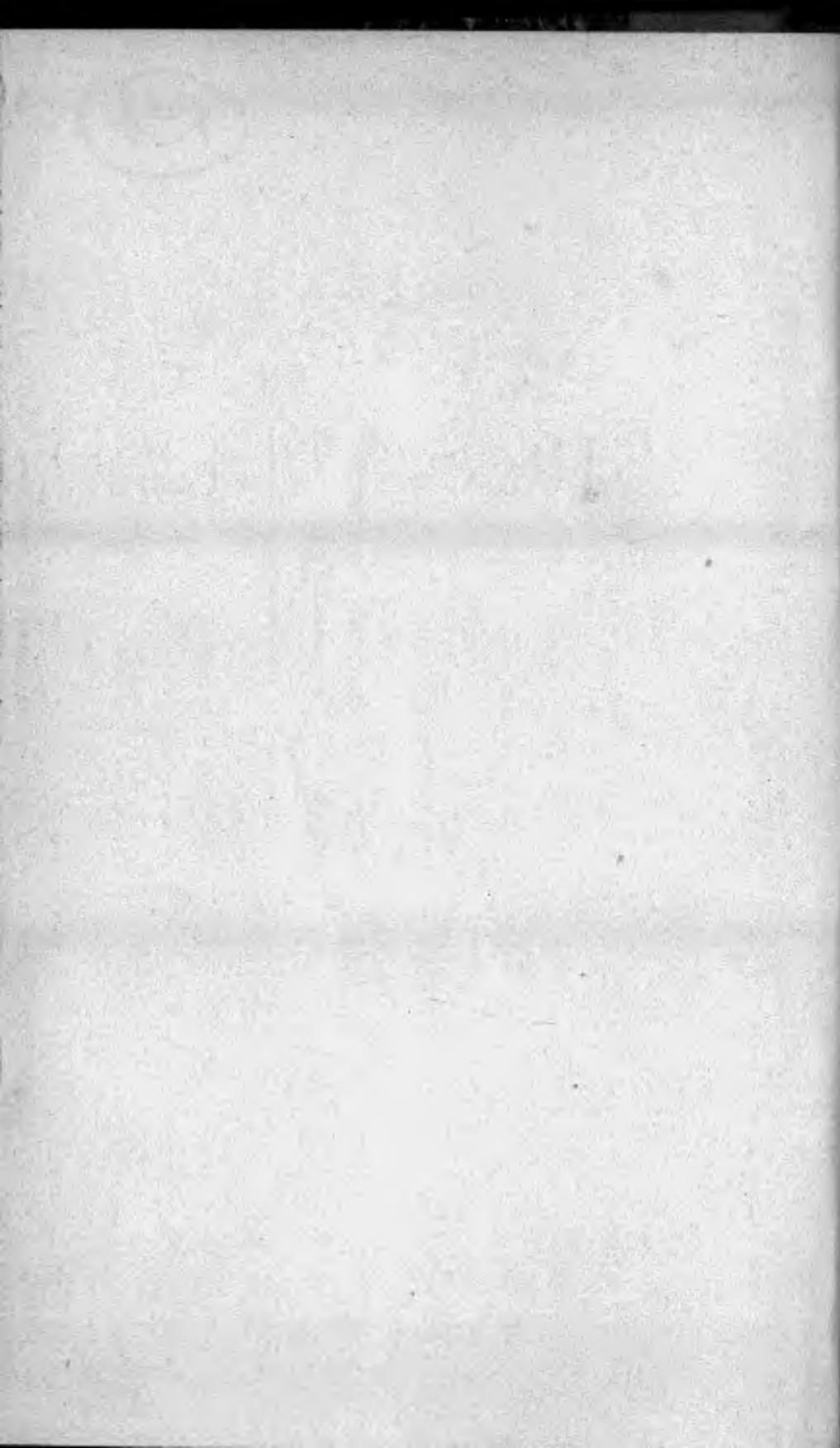
121

ESTADOS DEL ALMA

M. DÍAZ DE ARCAZA

EDICIÓN ORIGINALES

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA



N-36181
P-20500

OTV

20052

BIBLIOTECA BASCONGADA DE FERMÍN HERRÁN
TOMO 57

SUEÑOS DEL ALMA

POR

M. DÍAZ DE ARCAYA

VOLUMEN PRIMERO

B I L B A O

Imp y Enc. de Andrés P.-Cardenal, Banco de España, 3 int.
1901



¡VEO Á DIOS!

CONTESTACIÓN Á LA CARTA DE UN ATEO

Me dices en tu carta con cinismo
que, esclavo de mi místico deseo,
condeno mi razón al ostracismo,
pues tú no ves á Dios, y yo le veo:
y yo quiero probarte por lo mismo
que es antirracional el ser ateo;
que es fuerza que á la luz la vista apartes
para no ver á Dios en todas partes.

Tras las nubes de rosa y de topacio
yo veo á Dios allá, en el firmamento,
la inmensidad teniendo por palacio
y un trono de cien soles por asiento:
yo le veo sereno en el espacio
la marcha dirigir de astros sin cuento,
marcando á cada cual en su carrera
su ruta fija en la celeste esfera.

Le veo en el ciclón, que airado empuja
nube que el yermo y la floresta iguala,

y en el chispeante rayo, que dibuja
dardo de fuego, que los bosques tala;
y le veo en el mar, cuando la aguja
de dura roca, que le enfrena, escala
haciendo fiero con gigantes brazos
trizas la costa y el peñón pedazos.

¿Quién al águila eleva en el ambiente
porque atisbe al reptil que el musgo vela?
¿Quién enseñó al león á que en la fuente,
tras matorral, aceche á la gacela?
¿Quién dice á la paloma, que inocente,
huyendo del azor, perdida vuela,
que remonte otra vez su vuelo erguido
y escape libre á su llorado nido?

¿Quién da á la tempestad que en lo alto ruge
el ronco acento, con que brama fiera,
y al terremoto su gigante empuje,
que hace temblar á la terrestre esfera?
¿Quién al volcán, que respirando cruce
la roja y encendida cabellera,
que red de fuego en su redor desata,
que corre, troncha, carboniza y mata?

¿Quién á las aves, que en medroso bando
emigran desde Norte á Mediodía,
alimento y calor doquier buscando,
con fijo rumbo por los aires guía?
¿Quién presta al ruiseñor sus trinos, cuando

derrocha sus raudales de armonía?
¿Quién sino Aquel, que en el espacio terso
ve rodar á sus pies el Universo?

Veo á Dios en la abeja, que establece
con admirables artes su guarida;
en el microbio que invisible crece
en el cristal del agua donde anida;
en el que el aire con su aliento mece
y vela los secretos de su vida;
y ¡cuando el ser que estudio es más pequeño
más claro veo á su Hacedor y Dueño!

Le veo en el raudal de la montaña,
cuando salto tras salto al valle asoma;
en las flores que oculta la espadaña
y el aire embriagan con sencillo aroma;
en la tranquila paz de la cabaña,
en el río, pradera, bosque, loma,
y en todas partes donde miro ó toco,
es que... ó yo veo á Dios, ó yo estoy loco.

Decid al triste naufrago anhelante,
quién le alienta á buscar playa segura:
decid al moribundo jadeante
quién tras la fosa pinta su ventura;
decid al pobre misionero errante
quién le anima á morir por su fe pura;
y todos os dirán mirando al cielo,
sólo, sólo ese Dios nos da consuelo.

Siente á Dios además mi yo complejo
 inspirando en mi ser vital esencia;
 y cual si mi alma fuese claro espejo
 en ella se dibuja su existencia;
 mi razón de la suya es un reflejo;
 y pues á voces y con insistencia
 me dice mi razón que Él la ha creado.....,
 O miente mi razón ó Él me la dado.

Existe, existe Dios: todo lo canta:
 el mundo sin un Dios no se concibe:
 yo distingo las huellas de su planta
 en todo cuanto existe y cuanto vive:
 el mundo á proclamarlo se levanta,
 el astro en el espacio así lo escribe;
 que cual dijo el poeta más fecundo,
 «O al mundo falta un Dios ó sobra el mundo».

Oye al ábreco, pues, en noche oscura;
 mira al Oriente cuando el sol asoma;
 oye al león rugir en la espesura;
 sigue el giro veloz de la paloma;
 mira al rayo siniestro que fulgura,
 al glaciar que resbala por la loma,
 y si no ves á Dios..., yo te lo ruego,
 llora, llora por tí, porque estás ciego.

Zaragoza, 24 de Abril de 1894.

A LA VIRGEN DE GAZTEIZ

Hermosa Virgen pura,
que de Gaztéiz sobre la cima escueta
destaca tu figura,
cual ángel tulelar del verde llano,
que el ibero sujetá
entre el Gorbea y suelo castellano.

Blanquíssima paloma,
más que la pura y esponjosa nieve,
que el helado aquilón cuaja en la loma,
para que el sol después con rayo leve
funda en tanto candor limpios cristales,
que en inquietos raudales,
saltando por la peña y por la mata,
tiendan luego en el llano, en los trigales
bellas cintas de plata.

Estrella esplendorosa,
que á la nítida luz de la alborada
escapas pudorosa,
porque del sol la luz enamorada

no marchite tu faz, y al nuevo día
 vuelves á aparecer aún más hermosa;
 dulcísima María,
 mi luz, mi ser, mi amor, mi bien, mi ayuda,
 hoy mi sentido canto te saluda.

—
 Tú, desde que en Gaztéiz alzó á Victoria
 el sabio rey de la legión navarra,
 encarnaste su historia:
 tú le diste mil páginas de gloria;
 á tus pies sucumbió la cimitarra;
 pues cuando en insensato atrevimiento
 osó la grey moruna,
 girando en su ardimiento,
 llegar á tu aposento,
 su fosa halló en Gaztéiz la media luna.

Tú de este pueblo excelsa soberana,
 siempre fuiste para él brillante faro;
 en sus pesares cariñosa hermana;
 en sus peligros su sostén y amparo.

Tú fuiste la guardiana
 de sus campos y bosques tan umbrosos,
 y tu nombre bendito,
 en mil pechos escrito,
 siempre sonó en sus valles deleitosos.

—
 ¿Qué mucho, Madre mía,
 que hasta el augusto pic de tus altares
 anhelosos acuden á porfia

en tropeles los hijos de estos lares;
 y ante tu imagen dulce y cautivosa,
 mucho más que la miel y la ambrosía,
 mitiguen sus pesares,
 y en cántiga armoniosa
 inunden las alturas
 cantando tus grandesas y hormosuras?

Cuántas veces ¡ah! cuántas
 siendo yo pequeñuelo,
 mi pobre madre en sus delicias santas,
 en las plácidas noches del estío,
 trayéndome á tus plantas,
 y mostrándome á tí con loco anhelo,
 me decia besándome: «Hijo mío:
 ¿Ves qué hermosa es la Virgen? Mira, mira:
 ¿No ves cómo sonríe al contemplarte,
 porque quiere besarte?
 Ella es quien por el dia de tí cuida,
 y por la noche quien tu sueño vela:
 Ella es quien nos da vida,
 y quien, cuando tú lloras, te consuela
 con mimo y embeleso:
 Dale, hijo mío, dale, dale un beso».

Y al ruego venturoso
 de mi madre adorada
 brotado en el calor de tu cariño,
 yo alegre y candoroso,
 en infantil mirada,

te dí mi corazón cual lo da un niño.
 Y desde aquel dulcísimo momento,
 en que te dí mi amor y mi albedrío
 siento por tí... ¡que se yo lo que siento!
 siento que verte ansio;
 que estás grabada aquí; en mi pensamiento,
 que en tus ausencias lloro, y cuando el hado
 quiere amargar mi dicha con dolores,
 estando tú á mi lado,
 tu aliento embalsamado
 trueca la espina del dolor en flores.

—
 ¿Cómo no he de quererte
 si la sombra feliz de tu hornacina
 es la negra cortina,
 que cubre el mudo lecho de la muerte,
 donde descansa inerte
 el cuerpo helado de mi madre amada?
 ¿Cómo, Virgen sagrada,
 si de mis padres guardas los despojos
 he de apartar de tí mis tristes ojos?

—
 Por eso, Madre mía,
 te tengo aquí grabada en mi conciencia:
 ¿Cómo cruzar sin ti la mar bravía,
 en que boga el bajel de mi existencia?
 ¿Cómo con rumbo cierto,
 surcando por las olas, que encrespadas
 azotan mi barquilla,
 al vislumbrar el puerto,

llegar á las mansiones anheladas
de la lejana orilla?

—
¡Ah, no! no puede ser; sin tí la Tierra
es yerma soledad, desierto frío,
sin límites, ni sol, aire, ni oriente;
en él la oscuridad los pasos cierra,
la mente flota vaga en el vacío
los ojos no hallan luz, ni el pecho ambiente;
el corazón se anuda,
el alma se acongoja,
y, perdida en los antros de la duda,
á la sima del mal, al fin se arroja.

—
Mas tú, rosa pintada,
la más bella y fragante de las flores,
á las que Nazaret dió casto lecho;
Tú por David cantada,
tú que endulzas mis penas y dolores,
das á mis ojos luz, aire á mi pecho,
vuelo á mi fantasía,
á mi alma raudales de alegría,
y al corazón raudal de tus amores;
castísima María,
sabe que yo te quiero;
sabe que yo sin Tí por Tí me muero.

—
Desde que un día plígole al Destino
señalar me morada allá en la vega,
que el Ebro caudaloso y cristalino,

serpeando bosques con sus aguas riega;
 de su orilla, mirando al Pirineo,
 tras él el Esquilino
 distingue alzarse mi febril deseo;
 y volviendo mi vista hacia el Moncayo
 que á la fértil llanura pone tasa,
 tendiendo cabe el cielo negro sayo,
 tras él mi fantasía ve la casa
 que Vitoria te alzó, y en mis anhelos
 lanza un hondo suspiro quejumbroso,
 que en su afán presuroso,
 te traen las brisas en sus leves vuelos.

—
 Y al pálido claror de los faroles,
 que, cual cerco de soles
 de luz medrosa ante tu imagen bella,
 aprisionan tu célica figura,
 yo distingo, castísima doncella,
 que al recibir los ayes de ternura
 que te llevan las brisas,
 se pintan en tu faz risueña y pura
 angélicas sonrisas,
 que el río graba en su cristal rizado,
 y cual rico tesoro,
 ávido esconde con febril cuidado
 entre su alfombra de arenillas de oro.

—
 Y al extender la noche silenciosa
 su negra capa en el azul espacio
 y en el ambiente su sutil ropaje,

yo percibo tu imagen cautivosa,
que, teniendo los aires por palacio
y por techumbre el cóncavo celaje,
- contempla soniente
á este pueblo, que hincado de rodillas
al mismo pie de la hornacina santa
en acento serviente
al cantar tu hermosura y maravillas
los dulces ayes de su amor te canta.

—
Sí, Virgen soberana:
Vitoria es tuya, tuya toda entera;
en tí ha vivido desde edad lejana;
de tí en su porvenir todo lo espera:
Tú endulzas su dolor, secas su llanto;
al pie de tus altares
mitiga sus pesares;
tu bendecido nombre sacrosanto
es el dulce rumor de sus cantares,
que al perderse fugaz entre sus peñas,
repite el eco en las agrestes breñas,
donde el inquieto mar cuaja su espuma,
para que en alas de la espesa bruma
corra por sus cristales
hasta los más lejanos arsenales.

—
Sí, Madre, sí; mientras Vitoria viva
tuyo es su corazón, tuyo su aliento;
tuyo es el fuego que su amor aviva,
su fe, su aspiración, su pensamiento;

ante tu altar extiende los laureles
que á sus sienes ciñera la fortuna;
y cabe de tu cuna,
al pie de los benditos escabeles,
donde imprime tu pie su santa huella,
jura, hermosa doncella,
que nada á su memoria
tu buen recuerdo halagador arranca:
que, mientras en Gatzéiz haya Vitoria,
habrá en ella su «Virgen de la Blanca».

EL BESO

Duerme, duerme dichoso;
que aunque mis labios á tu boca llevo,
ángel mío amoroso,
en mi afán anheloso
te quicro dar un beso, y no me atrevo.

Que si te despertara
por libar de tus labios dulce esencia,
¡mi bien, me contristara,
si un momento turbara
los sueños de tu cándida inocencia!

¿No es verdad, mi lucero,
que sueñas con los ángeles y niños,
y en que sin tí me muero,
y en lo que yo te quiero,
y en que te gustan mucho mis cariños?

¡Ah, sí! que yo te miro,
y en tu rostro el candor distingo impreso,
y no sé si deliro,

pero lanza un suspiro:
 ¿Te doy ó no te doy, por fin, el beso?

—
 ¡Sonries! é inocente
 que me lo pides en tu sueño advierto.....
 Verás qué dulcemente
 yo sellaré tu frente;
 ¡ay hijo! ¿y si al besarte te despierto?

—
 No quiero, no, mi vida,
 porque pueden mis labios marchitarte,
 que mi alma enloquecida,
 la rosa, desleída
 en tu pura mejilla, va á robarte.

—
 ¿Quién tiene, mi tesoro,
 ojos tan grandes, negros y brillantes
 cual el bien que yo adoro?
 Ni ¿quién sus rizos de oro
 y por dientes hileras de diamantes?

—
 ¿Quién tu sonrisa, pura
 cual la tienen los bellos serafines,
 y en su aliento dulzura,
 cual aura que murmura
 en las tardes de Mayo en los jardines?

—
 ¡Angel mío adorado!
 ¡si no puedo vivir yo sin mirarte!....
 Verás con qué cuidado.

Sólo un beso en un lado.
No temas, que no voy á despertarte.

¿En dónde? aquí, aquí
en tu boca de miel que se entreabre.
¡Ay! que ya te le di;
perdóname, mi hurí,
que no fuí yo, fué el alma de tu madre.

LA BATALLA DE VITORIA EN 1813

Alba en nítido ropaje,
luz difusa, sol naciente,
muchas gasas en el celaje,
mucho verde en el paisaje
y neblina en el ambiente.

Una espaciosa llanura
por cien crestas coronada,
y serpeando en su espesura
la cinta líquida y pura
del Zadorra en la llanada.

En medio del llano, erguida
sobre elevada meseta
de verde alfombra vestida,
Vitoria enorgullecida
destacando su silueta.

Hay sobre el zadorra puentes
de tosca piedra y maderos

defendidos en sus frentes
por torreones salientes
donde brillan mil aceros.

—
Y junto al río acampados,
luciendo ricos arneses,
muchedumbre de soldados:
á una orilla los aliados;
á otra orilla los franceses.

—
En los campamentos calma,
mudez que el pecho aniquila,
duda que atenaza el alma;
y en el Zadorra una palma
que incierta en el aire oscila.

—
De pronto un clarín resuena;
avanzan los batallones,
el aire el cañón atruena,
y á la sangrienta faena
se lanzan los escuadrones.

—
Y al grito de ¡Viva España!
Hill y Morillo y su bando,
con feroz bética saña,
por el llano y la montaña
destruyendo y empujando.

—
Entre plomo que quebranta,
envueltos en la humareda

que la polvora levanta,
ponen audaces la planta
de Arganzón en la vereda.

—
Y trepando por montones
de muertos, que el plomo haciná
en informes escalones,
coronan nuestros leones
de La Puebla la colina.

—
Mientras Gazán, que aguerrido
el pendón francés ondea,
escapa despavorido
á recobrar lo perdido
á otro punto en la pelea.

—
¡Loco empeño! que valientes
Graham Longa, y á su zaga
miles de tigres rugientes,
han embestido los puentes
por Gamarra y por Arriaga.

—
Y en ellos, tajo tras tajo,
se cruzan por fondo y cima,
en soberbio espumarajo,
un río de sangre abajo
y un río de sangre encima.

—
Y por la sangre encendida
que rojo vapor exhala

nuestra gente enloquecida
arremete la subida
de los fuertes, que ya escala.

—
Mientras Keille, coloso altivo
en mil batallas sangrientas,
destrozado y fugitivo
un rincón busca furtivo
donde llorar sus afrentas.

—
Al par las masas hirvientes
que el bravo Wellington guía
ebrias atacan los puentes
que en Astegueta y Trespuentes
el Rey José á Erlón confía.

—
Y aun cuando Júndiz tonante
vomita fuego y metralla,
Wellington fiero y pujante
¡adelante! y ¡adelante!
ya sus cimas avasalla.

—
Y el francés huye aterrado
para ocultar su mancilla,
mas Alava denodado
sobre el cae cual león airado
y sus huestes acuchilla.

—
Y de Francia los pendones,
que impotentes, ya no bregan,

sin convoyes, ni cañones,
hechos doscientos girones
con José al Pirene llegan.

Mientras escribe la historia
entre universal espanto
la fecha en que dió Vitoria
á España un siglo de gloria
y á Francia un siglo de llanto.

Á EUSKARIA

ODA

¡Ah, región inmortal! gigante atleta
envidia de los pueblos y naciones;
permítete al poeta,
que henchido el corazón de vanagloria,
en plañidos y tétricas canciones,
recuerde el gran pasado de tu historia,
hoy cubierta de fúnebres crespones.

—
Permité que mi canto,
eco lejano de tu ayer glorioso,
rice el piélago inmenso de tu llanto,
cual la brisa el cristal del mar undoso.
Permité que mi pecho en su quebranto
murmure una plegaria
de tus leyes en la urna cineraria.

—
¿Qué fué de los varones patriarcales,
que en más plácidos días,
bajo tus apacibles robledales,

libres de los tiranos y los reyes,
eran los guardadores y los guías
del arca santa de tus libres leyes?

—
¿Qué ha sido de los bardos que sin cuento,
en sus cítaras, liras y laúdes,
sus ecos dando al viento,
en estrofa sentida y altanera
cantaban tu valor y tus virtudes
acá y allá por la terrestre esfera?

—
¿Qué se hizo de aquel árbol venerable
bajo cuyas espesas y anchas ramas,
que invadían altivas el espacio,
vivía inalterable,
á través de torrentes y de llamas,
de tu existencia el secular Palacio?

—
¡Todo acabó! de tu esplendor tan sólo
resta la fama, que en feliz momento
corrió de polo á polo
anunciando doquier á las naciones,
cual soñado portento,
el sabio monumento
que encarnaran tus viejas tradiciones.

—
¡Todo, todo acabó! en día aciago
viste al genio del mal en tus colinas
batir sus negras alas,
y entre infernal estrago

viste trocar palacios en ruinas,
en llanto tu ventura,
en triste manto tus alegres galas,
y tus valles en yerma sepultura.

—

Viste en tétricas sombras negros manes,
y esfinges en horrisona pujanza
con torvos ademanes
lanzarse á tí rugientes,
y en famélica danza
en torno tuyo levantar volcanes
abismos y serpientes,
que invadiendo tus plácidas regiones
hicieron tu ventura mil girones.

—

Mas todo tocó al fin: de su fierza
sólo queda la sombra vagorosa,
y donde su torpeza
levantó en agitado torbellino
la tumba pavorosa
en que quiso acabar con tu destino,
allí, allí mismo socavó su fosa.

—

Que la razón con fuerza irresistible
se abrió paso al través de los cendales
que urdieran las pasiones;
y en lógica invencible
torna en puros y diáfanos cristales
los negros y revueltos nubarrones,

vergonzosos sayales
y recuerdo fatal de cien baldones.

Sonarán otra vez en tus montañas
del plectro vasco las sentidas notas,
cantando tus hazañas,
y en tu cielo risueño y transparente
se alzará cual en épocas remotas
el sol más esplendente,
llenando con su luz el nuevo día
tus valles y praderas de alegría.

Y al amparo y misterio de la luna
plañirán quejumbrosos trovadores
dulces cantatas á su amada cuna,
y sus cuitas al bien de sus amores;
y la queja sentida
de tus bellas zagalas
por la desierta soledad perdida
irá del viento en las etéreas alas.

Y en la mansión vetusta
de tus sabias añejas tradiciones
resonará robusta
la voz de tus patriarcas y varones;
y en era venturosa,
dando brillantes fechas á la historia,
te dormirás dichosa
en el tálamo augusto de tu gloria.

A TERESA DE JESÚS

C A N T O

No he de ir á las fantásticas regiones
del Parnaso, donde en alegre gira,
entre danzas y torpes libaciones,
presten acentos á mi pobre lira;
quiero entonar hoy místicas canciones,
cuyos dulces acentos sólo inspira
del suave incienso la azulada nube
que desde el ara hasta el empíreo sube.

No cantaré los timbres y cuarteles
que en tus palacios el escudo aliña;
no cantaré los mirtos y laureles
que el Ahumada ó Cepeda altivo ciña;
no cantaré los campos y vergeles
donde tú correteabas cuando niña;
que más, mucho más grande yo te admiro,
monja olvidada en tu feliz retiro.

Cuando Dios en un plácido momento
 abrió tus ojos á la luz del día,
 alas gigantes dió á tu pensamiento
 que él hacia el cielo sin cesar batía;
 una corona á poco flotó al viento,
 la vislumbró tu ardiente fantasía,
 y abrasada de amor, en tu delirio
 soñaste con ceñirla en el martirio.

—
 Mas ¡ah! ¡sueño febril: sombra crecida
 al fuego del amor que te arrebata;
 Dios escribió en el libro de tu vida
 misión más grande que tus pasos ata;
 un ángel te detiene á tu partida,
 tu amor sencillo al querubín acata,
 y al volver á tu hogar miraste al cielo,
 dejaste el mundo, y te ceñiste el velo.

—
 Y de tu celda en el rincón callado,
 cuando la luz crepuscular fenece,
 tiernos coloquios con tu dulce amado
 tiene tu alma, que en su amor se mece;
 y ante tu bien tu corazón postrado
 en su ardiente cariño crece y crece,
 y del retiro por las toscas rejas
 escapan ayes y sentidas quejas.

—
 Un día, ¡día de feliz ventura!
 el templo sólo; tenue luz medrosa;

un Cristo envuelto por la sombra oscura;
tú arrodillada ante su faz llorosa,
el rayo incierto, que el altar fulgura,
José y María sobre nube undosa
manto de estrellas en tus hombres tienden
y ricas perlas de tu cuello penden.

—

Y prisionera por tan dulce lazo,
se aviva el fuego, que tu pecho abrasa;
y un ángel llega á tu feliz regazo;
tú absorta admiras lo que en torno pasa;
esgrime un dardo, mira, cae su brazo,
tu enamorado corazón traspasa,
y desde entonces en amores presa
ya es para siempre de Jesús Teresa.

—

Rosa que en el Getsemani florido
oculta entre palmeras te guareces;
blanca paloma, que buscando nido
en los cedros del Libano te meces;
medroso cervatillo perseguido
que cruzando el Cedrón desapareces;
busca, busca tu albergue codiciado
del frondoso Carmelo en el cercado.

—

Vete, vete al callado Monasterio
que lame del Adaja la corriente,
y en tu ansiado apacible cautiverio,
do el mundanal ruido no se siente,

templa, templa las cuerdas del salterio,
para que en alas de tu amor ardiente
místico bardo por ciudad y villas
cantes de tu Jesús las maravillas.

Tú, de la celda en el rincón oscuro
con triste soledad por compañía
y por deleites el cilicio duro,
en tu ascética y rica fantasía
trazaste el derrotero más seguro
para cortar el vuelo á la herejía;
y olvidada mujer, con raro ingenio,
mostraste al mundo tu gigante genio.

Y tu retiro franqueó su puerta,
y apareciste en ella sonriente;
al verte el pueblo su ansiedad despierta;
tú noble avanzas con erguida frente;
y con mirada penetrante y cierta,
midiendo del escollo la pendiente,
en las seguras alas del destino
te lanzaste ardorosa á tu camino.

Y las tímidas siervas del convento,
del rebaño de Dios tiernas zagalas,
cual las palomas que se dan al viento
batiendo leves sus nevadas alas,
fascinadas al noble pensamiento
que en tu heroica marcha las señala,

corrieron tras de ti, para ayudarte
á enarbolar de Cristo el estandarte.

Mas, la calumnia entre su inmunda escoria
aleve y muda sórdida fermenta,
y aspirando á rasgar tu limpia historia
procaz tus pasos atajar intenta;
que al querer empañar tu ejecutoria
alza en torno de ti fiera tormenta;
más ¿qué le importa al sol de la neblina
cuando espléndido nace en la colina?

De tu virtud el astro esclarecido
brilló entonces con nuevos resplandores,
é iluminado el antro fementido
delató á tus protervos detractores;
tu corazón por la victoria henchido
cobró para luchar nuevos ardores,
y al talismán de tu amorosa ofrenda,
tornaste al punto á tu emprendida senda.

Y tu brazo incansable y poderoso
en la villa y el monte solitario
alzó, sin dar momento de reposo,
las severas paredes del santuario;
clavó en la cima del torreón airoso
el signo sacrosanto del calvario,
y la campana alegre y vocinglera
sonó en el monte, el valle y la pradera.

De tus melosos labios virginales,
 en cadenciosa mágica armonía,
 brotaron en tus éxtasis raudales
 de dulce celestial melancolía;
 á tu galana pluma manantiales
 de inspiración prestó la poesía,
 y, errante golondrina del Carmelo,
 tu amor cantastes con febril anhelo.

—

¿Quién como tú, nacida entre blasones,
 por la sencilla cruz trocó su escudo,
 y las perlas y galas y crespones
 por el tosco sayal de esparto rudo?
 ¿quien trocó de su alcázar los torreones,
 por el severo claustro triste y mudo,
 y la diáfana y libre luz del día
 por la tímida luz de celda umbria?

—

Tú, virgen ideal, en quien se auna
 inspiración, virtud, belleza y gloria,
 diste honra al pueblo, que meció tu cuna,
 páginas de oro al libro de la historia,
 á los hijos del Carmen fe y fortuna;
 lauro á la cruz, y á España ejecutoria;
 que tu genio sin par todo lo absorbe
 y no cabe en los límites del orbe.

—

¡Gloria á tí, noble dama de Castilla,
 á quien rinden los pueblos homenaje!

en los fastos de ayer tu nombre brilla
cual el lucero en el azul celaje;
el tiempo, que los siglos acaudilla,
no es posible que audaz tu gloria ataje;
que mientras una cruz alzarse pueda
habrá memoria de la gran Cepeda.



EN EL CEMENTERIO

¿Por qué el temor me extemece
en esta triste morada
de amargura
y mis pasos entorpece,
reteniéndome ante cada
sepultura?

¿Por qué en rumores inciertos
hieren ecos pavorosos
mis oídos,
cual si en sus fosas los muertos
entonaran, quejumbrosos,
sus gemidos?

Es que el hombre en su fortuna,
por el mundo sin criterio
caminando,
no ve que desde la cuna
camino del cementerio
va marchando.

Es que el pecado, que astuto
nos fascina y enloquece
con su enredo,
en esta mansión de luto,
cuando tímido aparece,
tiene miedo.

—

Es que nuestros convecinos,
los que á lúbricas orgías
nos llevaron,
dieron fin á sus destinos
y estas sepulturas frías
ocuparon.

—

Lucen en el mundo alhajas
y van sedas orientales
por los lodos;
aquí se visten mortajas
tan sencillas como iguales
para todos.

—

Allí alcázares que miden,
al erguirse, de la sierra
la arrogancia;
aquí ni aun los reyes piden
más que un puñado de tierra
para estancia.

—

Allí el festín bullicioso
en báquicos desaciertos

y canciones;
aquí el silencio medroso
que sólo turban de muertos
las razones.

Tal es el vago misterio
que en este lugar sombrío
de la muerte,
al hombre en el cementerio
su imprudente desvarío
cauto advierte.

El golpea mi conciencia
y me grita y anonada
y aniquila,
diciendo: «de tu existencia
por el mundo la jornada
presto fina.

»Esa tumba en la que lloras,
y que tétrica y severa
te amilana,
lleva cuenta de tus horas:
para abrirse sólo espera
tu mañana.»

MENCIA

LEYENDA VASCA

I

Al pie de un monte, que atrevido clava
allá, en el cielo, su pelada cresta,
de un viejo alcázar la vetusta torre
se yergue escueta.

Sombríos muros su contorno ciñen
que viste amante la tupida yedra,
y un claro río de arenillas de oro
sus muros besa.

Danle frescura y agradable calma
robles y encinas que los muros cercan,
á cuya sombra duermen en el río
peces y perlas.

Era una noche de apacible estío;
mecía el aura la menuda hierba
y el claro río jugueteaba alegre
en sus arenas.

La casta luna que medrosa escala
del puro ambiente la azulada esfera
y que entre tenues nubecillas blancas
se esconde y juega,

de vago tinte de color incierto
los toscos muros de la torre impregna,
y á una ventana que en el muro se abre
misterio presta.

De la ventana la penumbra oscura
la faz nevada de una dama vela,
cuyas miradas al espeso bosque
corren inquietas.

Todo es silencio, ni aun el río gime;
la luna toca el ajimez apenas,
y la mujer en la ventana, inmóvil,
calla y espera.

De pronto se oye en la espesura ruido;
apuesto joven al alcázar llega;
la dama asoma al ajimez al punto
su faz risueña.

Y entre las notas que al laúd meloso
el aire arranca y en sus alas lleva,
la voz sonora del mancebo canta
aquesta endecha:

—
«Mágico encanto que mi ser fascinas,
dulce tirana que mi vida alientas,
luz que mis ojos con febril anhelo
buscan doquiera.

—
»Alma del alma, si en mullido lecho
hermosa duermes é inocente sueñas,
despierta, y oye de mi adiós sentido
la última queja.

—
»La lid me llama, volveré muy presto;
mientras que yo combato, sufre y reza;
has jurado ser mía, no lo olvides.

Adiós, mi Mencia.»

—
Cesó la trova, sonrió la dama,
cubrió á la luna nubecilla densa,
sonó en el aire virginal chasquido
que un beso lleva.

—
Partió el mancebo, suspiró la joven,
perdióse el bardo, sollozó la bella,
nació la aurora... y la ventana entonces
cerró sus puertas.

II

Cerca del noble señorial castillo,
ilustre cuna de los cien Guevaras,
cuyos torreones de vasconia encierran
historias tantas,

—
se oculta un valle que, olvidado y fértil,
escuetos riscos de verdor esmalta,
y hay en el valle un monasterio, albergue
de nobles damas.

—
Danle limpios arroyos las colinas,
danle el musgo y helecho alfombra blanda,
y frescura solaz y puro ambiente
las verdes hayas.

—
Corría la apacible primevera,
nacía el sol de Mayo en la montaña,
y los pájaros, brisas y arroyuelos
le saludaban.

—
Por las muchas veredas que, ondulantes,
serpeando la colina al valle bajan,
al monasterio alegres campesinos
en grupos marchan.

Por los severos claustros del convento
las siervas del Señor, con vestes blancas,
en procesión solemne se dirigen
al pie del ara.

—
Bulle en el templo muchedumbre inmensa,
sus paredes y altares visten gala,
y brillan en la cúpula y las naves
mil luminarias.

—
Al lado de la reja que, inflexible,
de las vírgenes cierra la morada,
casta doncella de elevada alcurnia
tranquila aguarda.

—
Su negra y ondulosa cabellera,
tendida en rizos por su faz de nácar;
sus labios de coral, sus ojos negros,
que entorna y baja,

—
las ricas joyas que su pecho adornan
y el ver en torno suyo damas tantas,
bien dicen que es la joven doña Mencia,
la de Guevara.

—
En la rara hermosura de aquel rostro
traidora huella del dolor se marca,
que en vano intenta reprimir serena
la noble dama.

Alza el cura su voz grave y solemne,
se agrupan á la verja las Hermanas,
franquea el sacerdote de la reja
las duras barras.

Penetra la novicia, sollozando;
las monjas la rodean y la abrazan;
cierra el plébano augusto del retiro
la puerta santa.

Y el órgano murmura una armonía;
resuenan vocingleras las campanas,
y el pueblo, ante la Cruz postrado, entona
una plegaria.

Y las aves que en torno del convento
baten sus plumas de oro y esmeralda,
el aire llenan con los dulces trinos
de sus gargantas.

Y al par que la oración sube á los cielos,
sube Mencia del claustro las escalas,
y muy poco después órgano y aves
su voz apagan.

Más tarde por las sendas desparecen
los grupos de aldeanos y aldeanas
y ya tan sólo gimen en el valle
las leves auras.

III

Soplaba el aquilón con rudo brío
arrancando las hojas en la selva
y empujando á los pardos nubarrones
hacia la sierra.

—
Fenecía la luz entre las sombras,
tendió la noche su cortina negra
y zumbaban los árboles inquietos
en la floresta.

—
Reina en el valle soledad callada;
el monasterio yergue su silueta,
que misteriosa marca en el espacio
difusa huella.

—
La luna, oculta en el celaje oscuro,
asoma, á veces, tras las nubes densas,
y baña el templo con su luz marchita,
débil e incierta.

—
Hay en el tosco muro una ventana,
oculta, por jazmín y madreselva,
por la que á una mansión filtra la luna
su luz apenas.

Limitan la mansión blancas paredes,
un santo Cristo pende en una de ellas,
mesa y silla hay debajo, frente un lecho
sobre la tierra.

Y en la silla, sentada, reclinando
sus codos fijos en la tosca mesa
y la frente en la mano, hay una monja
bella, muy bella.

De ojos muy negros y de tez de nieve,
que á lo vivo retrata su honda pena,
piensa aquella mujer en... ¡quién lo sabe!
En lo que piensa.

El ábreco sacude la ventana,
silbando airado en sus rasgadas grietas,
y la monja, que inmóvil permanece,
suspira y reza.

A poco vibra una campana en lo alto,
álzase la mujer, el viento cesa,
suena un laúd, la monja se detiene,
va hacia la puerta.

Siéntese el galopar de unos caballos,
queda ella inmóvil, y á la triste celda
llega en sentida voz apasionada
aquesta endecha:

«La lid me llama, volveré muy presto;
mientras que yo combato, sufre y reza;
has jurado ser mía, no lo olvides.

Adiós, mi Mencia.»

—
A tal frase la joven lanza un grito,
huye, vacila, vuelve, duda, tiembla;
más fuerte ruge el viento; la novicia
cae en la tierra.

—
Débil apenas la campana vibra;
el eco del laúd se apaga y cesa;
se pierde el galopar de los caballos,
que ya se alejan.

—
Aparecen las monjas en la estancia,
retroceden, vacilan, vuelven, llegan,
palpan el rostro inmóvil de la joven
que el manto vela.

—
Y al fin caen en redor acongojadas,
mientras que, con voz grave, la abadesa
dice: «Rezad, hermanas, subió al cielo;
está ya muerta!»

—
Y dicen los labriegos de aquel valle
que el rocío que el alba cuaja en perlas
en el jazmín de la fatal ventana,
llanto es de Mencia.

A LOS NIÑOS...

UN CONSEJO

Feliz vive el ruiseñor
en el ocultado nido
en que el paternal amor
le dió alimento y calor
y blando lecho mullido.

—
Cuando ávido de emociones
asoma del nido á orillas
y en torno de sus mansiones
ve arroyuelos juguetones
y pintadas avecillas.

—
Y el campo lleno de flores
y el bosquecillo sombrío
y los peces de colores
jugueteando bullidores
entre las aguas del río.

Y el ruiseñor impaciente
su blanda pluma agitando,
las alas abre inocente
y en el caricioso ambiente
se precipita volando.

—
Y el sol le da galanura,
leves céfiros las lomas,
el arroyo su ternura,
el bosquecillo frescura
y las flores sus aromas.

—
Mas embebido en su afán
no ve el pájaro novel
que con siniestro ademán
allá en lo alto un gavilán
fija sus ojos en él.

—
El gavilán, de repente
se desploma por sorpresa,
cruzando raudo el ambiente,
y en el pájaro inocente
con sus garras hace presa.

—
¡Adiós dulce nido amado!
¡Adiós bosque arrullador!
¡arroyo, flores, collado!
¡todo... todo ha terminado
para el pobre ruiseñor!

Es la virtud nuestro nido,
los goces, selva fugaz;
no deis, niños al olvido,
que sobre el hogar querido
nunca falta una rapaz.

VILLANCICO

Pastores y pastoras,
corred, corred, corred,
á ver al niño hermoso
nacido allá, en Belén.

Sencillo lugareño,
tu cántico celebre
al que es del mundo dueño
y nace en un pesebre;
lleva, lleva tu ofrenda
al Dios que hoy ha elegido
la choza por vivienda,
la paja por mullido.

Los tiernos recentales
y blanca leche y miel
y ropas y pañales
ofrece al niño aquél;
que el pobre niño mío
te pide en su gemir

pañales para el frío
y cuna en que dormir.

Las gaitas y panderas
y liras y rabel
celebren las primeras
al niño Dios Manuel;
que Rey tan sólo ansía
y Dios tan sólo ve
los besos de María,
los mimos de José.

Nevados corderillos
que sois del valle gala
y oís entre tomillos
que vuestra madre bala;
corred, y en el balido
de vuestra madre en pos
cantad al que ha venido,
cantad al niño Dios.

Zagales que á la aurora
cruzáis la serranía
y cántiga sonora
decís al nuevo día;
dejad vuestras majadas,
venid, venid también,
y místicas baladas
cantad aquí en Belén.

A LA VIRGEN DE LAS NIEVES EN SU DÍA

Dulcísima María;
Ya me encuentro otra vez junto á la casa
donde mil veces te adoré de hinojos;
ya puede el alma mía
en sus dolores derramar sin tasa
el triste llanto de mis tristes ojos.

—
¡Cuán lejos de pensar, madre adorada,
cuando en día lejano y venturoso,
reclinado en la grada
de tu santa hornacina,
en mi cantar dichoso
que moría en la cúspide vecina,
recordaba serviente
las glorias de Castilla y de la Euskaria!
¡cuán lejos de pensar mi loco alarde
que mi laúd doliente
había de entonar poco más tarde,
fúnebre y quejumbroso, una plegaria
en la urna cineraria

de mis pobres hermanos
víctimas de traidores y tiranos!

—
¡Qué bello aquel pasado,
en que al dulce embeleso
del sol que trasponía la montaña,
contemplando el collado,
al arrullo del céfiro travieso,
escuchaba el cantar de la cabaña!
¡Ah! ¿recuerdas, recuerdas la ternura
con que en aquel ayer tan sosegado
te contaba la plácida ventura
del sencillo labriego del cercado?

—
¡Cuánta felicidad! Mas ¡ah! el averno
sobre Iberia batió sus negras alas
con sordido murmullo:
y las cien mil legiones del infierno,
envidiosas protervas de su suerte,
en báquico barullo,
pisotearon sus goces y sus galas,
sembrando por doquiera luto y muerte.

—
Y en el blanco y oculto caserío,
en que un día los cantos matinales
saludaron al sol de las mañanas;
al pie de un sauce tétrico y sombrío,
vierten llanto á raudales
hijas, madres y hermanas:
cuyos ávidos ojos,

—
A través de la tierra,
buscan en loco anhelo los despojos
sepultados allá... entre los abrojos
donde el genio del mal aún grita ¡¡guerra!!

—
Mas cese, cese ya desdicha tanta:
ahogue el clarín su cántico guerrero;
rasgue el cielo el azul de su cortina:
y de la hermosa paz la imagen santa
descienda sobre el valle y el otero,
el llano y la colina;
y en las alas del viento revoltoso,
que en leves ondas los trigales mueve,
las doradas espigas balanceando,
la buena nueva lleve
a la villa, a la aldea y bosque umbroso,
en las endechas del amor cantando
sosegado reposo.

—
Y enjugará la madre el llanto aleve
que sin piedad su corazón destroza;
y volverá la dulce dicha en breve
al poblado y la choza;
y en vez de los tañidos funerarios
que pregnan en bosques solitarios
amarguras sin cuento,
los erguidos y alegres campanarios
de la gótica torre y la espadaña
en las ciudades y la aldea oscura,
sus metálicas lenguas dando al viento,

pregonarán para la pobre España
la plácida ventura.

—
Y tornaré otra vez á los altares
que guarecen tu cuna
sembrada de mil flores,
no á llorarte desdichas y dolores
ni á gemirte pesares;
sino á cantarte en mi feliz fortuna
mis místicos amores
á la tímida luz de tibia luna.

—
Y tú, hermosa María,
en tu leve sonrisa deleitosa
y en tu dulce mirada,
me contarás, cual me contaste un día,
que aún eres la guardiana de la fosa
que encierra cautelosa
los fríos restos de mi madre amada:
y que cuando las penas inclementes
ahogan mis plegarias,
fundiéndose en mi llanto de amargura
tú recoges mis lágrimas ardientes
para regar las tristes pasionarias
que nacen solitarias
al pie de su callada sepultura.

—
Dadnos, Señora, paz; la paz bendita
que restituye al corazón la calma;
la santa paz en el Calvario escrita;

la paz que llena de alegría el alma:
la que trae al hogar el bien perdido,
el hijo á la cabaña,
al otero el balido,
y el cántico de amor á la montaña.
Dadnos, dadnos la paz, en cuyo ambiente
el progreso se engendra y agiganta
y el alma se conforta y regenera:
Dadnos, Señora, dadnos la paz santa
para que un día la española gente,
izando su estandarte legendario
cual el ayer lo hiciera,
vuelva á poner su planta
y enarbolar el signo del Calvario
de ocaso á oriente en la terrestre esfera.

AL ADAJA ⁽¹⁾

Cuando sentado á la orilla
de tus aguas, te contemplo
deslizándote tranquilo
al pie de los muros viejos
que á la ciudad abulense
tanta prez y gloria dieron,
fijando ansioso mis ojos,
Adaja, en tu curso lento,
se levantan en mi mente
del ayer muchos recuerdos.
¡A cuántas glorias, Adaja,
sirvió tu cristal de espejo!
Pór eso en tu quieta margen
yo con tu pasado sueño,
con tus ondas me solazo
y en tu corriente me pierdo.
¿No es verdad que en tus orillas

(1) Río que corre al pie de la ciudad de Ávila.

se albergó, en lejano tiempo,
Segundo, á quien envió
el Pescador Galileo
á predicar la doctrina
de Jesús el Nazareno?
¿No es verdad que tus raudales
entre rumores tegieron
las coronas y las palmas
de los mártires primeros?
¿No es verdad que en una noche
de luz débil, turbio cielo,
triste ambiente y vaga luna,
pintó tu cauce sereno
en su tersa superficie
á los moros turbulentos
que impotentes contemplaron,
en los torreones escuetos,
á la heroína Gimena,
la Dama de los sombreros?
Dime, dime, ¿no es verdad
que junto á tu manso lecho
se alzó el infame tablado
en que los nobles soberbios
en un fatídico día,
entre irrisorios denuestos,
del imbécil rey Enrique
hicieron trizas el cetro?
¡Ah, sí, sí! tus claras aguas
de todo testigos fueron.
Al ambiente caricioso

de tu regalado fresco,
el gran Alfonso, el Tostado
se alzó con gigante vuelo;
y aún en tus rizos oscila
la imagen de aquel convento
donde la virgen Teresa,
golondrina del Carmelo,
cobijada tras las rejas
de su dulce cautiverio,
al amor de sus amores
cantó en idilios su afecto.
Por eso yo á tus orillas,
evocando tus recuerdos,
al rumor de tus raudales,
Adaja, gozo y padezco.
Sigue, sigue tu camino
en ondulantes serpeos,
dando impulso á las aceñas,
savia al tomillo y romero,
verde alfombra á tus riberas,
á tus alamedas fresco,
á tus peces blanda cama
y á tus arenillas besos.
Y cuando allá te deslices
entre lejanos oteros,
y al choque contra las peñas,
de tus raudales inquietos
fundas en cristal espuma
en rumoroso concierto,
haz que la brisa en sus alas

pregone en campos y pueblos
que en tu venturosa orilla
yo con tu pasado sueño,
con tus ondas me solazo
y en tu corriente me pierdo.

Á MI CASA NATAL

Entre los montes de la Euskaria hermosa
donde los robles de alamedas cuajan
un verde valle que feliz se oculta,
hay una casa.

Pobres paredes su ventura cierran,
huerto cercado sus delicias labra
y un arroyuelo con arrullo blando
trovas la canta.

Era una noche de apacible ambiente,
blanca la luna en el azul clavada,
pálidos rayos, que medrosos lucen,
tímida lanza,

cuando en la casa que albergó á mi cuna,
entre los besos de mi madre santa,
débiles ayes al venir al mundo
yo suspiraba.

Rápido el tiempo sin cesar corría,
yo era ya niño, y en pueriles mañas,
siempre jugando en los albergues dulces
de mi morada,

—
¡cuántas delicias encontré doquiera!
¡cuántas dulzuras que mi vida halagan!
¡cuántos placeres, que después perdidos
dulces me amargan!

—
Yo, que en las tardes del estío hermoso,
bajo las sombras de copudas hayas,
libre corría por los verdes prados
de mis montañas;

—
yo, que calmaba el estival sofoco
en las corrientes cristalinas aguas
que por los caños de sencillas fuentes
brotan tan claras;

—
yo, que en el huerto del cercado mío,
viéndome colgantes por doquier manzanas,
guindas y peras, con afán comía
frutas tan blandas;

—
yo, que si acaso en infantiles juegos,
viéndome preso en espinosas matas,
¡siempre á mi lado! por calmar mi lloro,
mi madre hallaba,

¡cuánto me acuerdo de mi humilde choza!
¡cuánto me acuerdo de mi dulce casa!
¡cuánto me acuerdo de mi pobre madre!
¡¡madre del alma!!

—
Dulce mansión que mi niñez meciste,
suelo querido de mi pobre infancia,
tiernos recuerdos de la edad más bella
y más temprana,

—
¡salve mil veces! La ventura mía
siempre á vosotros la cifré ligada;
déme el Eterno, cuando muera, fosa
junto á mi casa.



LA VIDA

—
Cuando la niñez nos mece,
¡qué bello es el panorama
que en torno nuestro se ofrece!:—
todo hermoso nos parece,
todo ventura derrama.

—
Porque en esa edad dichosa
de inocencia y de cariño,
una blanca mariposa,
un pájaro ó una rosa
son la delicia del niño.

—
Más tarde el tiempo á empellones
nos empuja en nuestra vida,
y llegan las ilusiones,
y al hombre en sus ambiciones
le es la tierra reducida.

—
Y en los ya viriles años
á mil empresas se lanza
por los suelos más extraños:

mas vienen los desengaños
y marchitan la esperanza.

Vuelve luego á pelear
en lucha con su destino:
pero á fuerza de luchar
concluye antes de llegar
por rendirse en su camino.

Y al final ve sin pasión
que encuentra tras tanto anhelo
en su terrena excursión,
consuelo en la religión,
felicidad en el cielo.

A ORILLAS DE LA VIDA

La noche tiende su velo
por el ambiente callado;
y viste el diáfano cielo
su manto de terciopelo
de brillantes esmaltado.

—
La luna su faz perfila
sobre las aguas de un río,
en cuyo cristal titila;
al par que bajo ella oscila
la imagen de un caserío.

—
Al caserío ruinoso
por todas partes rodea
el río, que bullicioso
besa el muro caricioso
cuando por su pie serpea.

—
Hay dentro de la ruina,
que oscura pared encierra,

desabrigada cocina;
y tendido en una esquina
un haz de paja en la tierra.

A lo alto ventana breve
por tosca reja guardada,
por la que se filtra leve
la luz, que apenas se atreve
á cruzar por la morada.

A la sombra vagorosa,
dormidos sobre la paja
dos niños de faz hermosa:
uno que viste de rosa,
y otro que viste mortaja.

Y á un extremo, en un rincón,
del pavimento á la orilla,
cual guardando la mansión,
un ángel en oración,
fija al suelo su rodilla.

Está el recinto callado,
la luz en haces perdidos,
el húmedo ambiente helado,
el ángel ensimismado,
y los dos niños dormidos.

De la luna un haz sutil
baña al fin su cabellera

y sus rostros de marfil:
despierta el grupo infantil,
y se hablan de esta manera.

—¿De dónde vienes?—Del cielo.
—¿Cómo te llamas?—Candor.
—¿Quién te guía?—Mi desvelo
por aspirar de este suelo
el ambiente embriagador.

—¿A dónde vas?—A la vida?
—¿Y la supones?...—Hermosa:
fuente del alba nacida,
esperanza... desprendida
del capullo de una rosa.

Busco en ella el movimiento,
el nacer de la alborada,
de las olas el concuento
y el balido y el contento
de la oveja en la majada.

Arroyos que se deslizan
gimiendo del monte al llano;
musgos que el valle tapizan,
y los céfiros, que rizan
el cristal del Oceano

La dulce melancolía
de la selva en sus murmullos,

el triste morir del día,
y la embriagada ambrosía
encerrada en los capullos.

La arrogancia placentera
con que se mece entre bruma
la navecilla ligera,
cuando en su marcha velera
corta cristal y hace espuma.

De la aves los aliños,
del amor los embelesos,
la inocencia de los niños,
de una hermana los cariños,
y de una madre los besos.

—¡Ah, hermano! ¡cuán engañosas,
de la ilusión al través,
son tus ansias deleitosas!
Ves en el mundo las rosas,
y las espinas no ves.

Sueña la vida tu mente
cual un mágico embolismo;
y no miras ¡inocente!
que en su escabrosa vertiente
cada paso es un abismo.

Tras la placentera aurora
está la noche sombría,

tras la brisa arrulladora,
la racha devastadora,
de la tempestad bravía.

—
Tras el capullo pintado
el ponzoñoso aguijón,
y tras el cristal rizado
del Océano agitado
la boca del tiburón.

—
Tras las perlas de rocío
que el alba en las ojas cuaja
de Aquilón el soplo frío,
que al árbol roba atavío
por dar al suelo mortaja.

—
Tras la energía, el quebranto;
tras el placer, el sufrir;
tras el sueño, el desencanto;
tras la risa, siempre el llanto
y tras nacer, el morir.

—
—Me amedrenta mi partida
—No: tras la sombra la luz;
y en la senda de la vida
hay un áncora querida.
—¿Sí? ¿Cuál es?—La santa cruz.

—
—¿La Cruz?—Sí.—Dámela, hermano
—Tómala, y haz tu camino;

que aunque el terreno no es llano,
con esa cruz en la mano
llegarás á tu destino.

- Me has salvado.—Por tí velo.
—Me idolatras. —Ya lo ves.
—Voy, pues, al mundo.—Yo al cielo.
—Dame un beso.—Con anhelo.
—Hasta luego.—Hasta después.

Y en la mísera mansión
sonó de un beso el chasquido,
y el ángel de la oración
tendió su vista al rincón
de donde salió el ruido.

Y absorto pudo mirar
á los niños abrazados,
sin poderse separar;
mas sonó al aire un cantar,
y á su acento fascinados,

el uno al cielo se alzó
entre nubes y armonía
y el que en la paja quedó
dulce al ángel le miró
y hacia él sus brazos tendía.

Uno y otro se atrajeron;
el ángel se avalanzó;

dos en uno se fundieron;
dulces sollozos se oyeron;
y la luna se ocultó.

—
Y por la atmósfera umbrosa
de aquella mansión velada,
brillante y esplendorosa,
bajó entre nubes de rosa
una cruz á la morada.

—
Y cuando el alba en rubí
tomó su primera luz
á los dos sorprendió allí,
abrazados entre sí,
y abrazados á la cruz.

—
Diz que do la cruz tocó
á las ruinas solitarias
otra de piedra brotó,
á cuyo pie se tendió
un fieltró de pasionarias.

—
Y diz que desde aquel día
buscan siempre en esa cruz
los que lloran, alegría,
los que enferman, mejoría
y los que ciegan, la luz.

EL TAMBORIL ⁽¹⁾

INTRODUCCIÓN

Huye, ilusión querida,
no me hagas padecer;
huye ilusión, y lleva
los recuerdos de ayer.

1.^a PARTE

Era una tarde bella,
era en el mes de Abril,
cuando allá, en la pradera,
sonaba el tamboril;
y sus alegres ecos,
sin yo saber por qué,
arrancaban de mi alma
la ventura y la fe.

(1) Letra para el zortzico *Aritzari*, del maestro Zabalza.

2.^a PARTE

Yo llegué á la pradera
y entre otras mil te vi,
alegre y bulliciosa,
sin reparar en mí;
y en el dolor acerbo
de mi cruel pasión,
me desgarraba el alma
del tamboril el son.

3.^a PARTE

Danza, cruel tirana
de mi perdido amor,
danza, mientras de celos
por ti me muero yo;
danza, mas no te olvides
que un día, cual á mí,
¡ay!
te cantará tristezas,
tal vez, el tamboril.

—

1.^a PARTE

Era cuando yo loco
iba en tu derredor,
cual leve mariposa
en torno de la flor;

y en tu sutil oido
dejaba yo caer
frases de amor, que dulces
embriagaban tu ser.

2.^a PARTE

Mas tú, soñando dichas
con otro nuevo amor,
ahogaste mis querellas
del tamboril al son;
y desde el triste día
de tu soñar febril,
lloro siempre que siento
el son del tamboril.

3.^a PARTE

Baila, mientras yo gimo
en mi prisión cruel;
baila, mientras yo adoro
á mi tirana infiel;
baila, mas no te olvides
que acaso mi gemir
¡ay!
te lo recuerde un día,
tal vez, el tamboril.

FLORES DE MAYO

Pura y hermosa doncella,
madre de los pequeñuelos,
alegría de los pobres
y los enfermos.

Te quiero tanto, María,
María, tanto te quiero,
que, sin poder remediarlo,
sólo en tí pienso.

Todas las mañanas, Madre,
todas, cuando me despierto,
al verme sola, te llamo
quedo, muy quedo.

Y por la noche, María,
cuando ya me rinde el sueño,
bajito hablando contigo,
feliz me duermo.

¡Ah, Virgen! ¡te quiero tanto!
María, tanto te quiero,

que, cuanto más te conozco,
más te deseo.

Yo perdí á mi pobre madre,
mas mi madre, desde el cielo,
dice que tú eres mi madre,
y yo, por eso,

vengo á traerte estas flores
que he recogido en el huerto,
que ella regó con sus lágrimas
dándome besos.

Son sencillas como yo,
en su aroma va mi aliento
y mi alma en sus rojas tintas
y rizos bellos.

Acéptalas, Madre mía,
acéptalas, que el obsequio
te lo hace mi pobre madre,
que está en el cielo.

Y en pago de sus afanes
dile, quedito, muy quedo,
que en mis goces y en mis penas
siempre á ti vengo.

Á VITORIA

RECUERDO

¿Qué tienes para mí, rincón querido
que meciste mi cuna? Dí, ¿qué tienes
para ligarme con tan dulce lazo,
que hace que, cual el ave vuelve al nido,
de mi pobre existencia en los vaivenes,
yo siempre vuelva á tu feliz regazo?

—
¿Qué tienes que en tal modo me fascinas,
para que de mi vida en los abrojos
mi espíritu agobiado,
en demanda de bálsamo preciado,
siempre vuelva hacia tí mis tristes ojos,
y tus ocultas fuentes cristalinas,
tu valle sosegado,
tus pueblos y ruínas,
tus bosques y colinas,
y tus límpidos mansos arroyuelos
me adormezcan en plácidos consuelos?

Yo contemplé tu vega
ceñida allá, al confín por las montañas
y que el Zadorra serpenteando riega,
y á su orilla las torres y espadañas
que cuando el sol asoma
alegran el sembrado, bosque y loma.

Yo, al crepúsculo incierto y misterioso,
admiré carcomidos torreones
en tus viejos palacios señoriales,
y trasportado á tiempo más dichoso
canté de sus varones
las sencillas costumbres patriarciales.

Yo, al ronco murmurar de tus cascadas,
que en inquietos torrentes,
saltando por las peñas,
tienden perla y cristal en las majadas
y corriendo las rápidas vertientes
van á dar movimiento á las aceñas
del cercado escondido,
escuché al ruiseñor, que junto al nido
oculto en la espesura entre las flores,
en lamento sentido,
cantaba sus amores.

¡Qué dulce primavera
aquella en que escalando la ladera
de Estibaliz, el monte legendario,
y entrando en su santuario,

al vago resplandor de luz marchita,
contemplaba las místicas techumbres
que ampararon la plácida y bendita
imagen de la Virgen de sus cumbres,
ante la cual Euskaria
en sus goces y negras pesadumbres
murmuró tantos siglos su plegaria!

—
¡Cuántas veces allá, en invierno frío
vi tus gigantes peñas,
envueltas en capuz de blanca nieve,
y en deleitosas tardes del estío
me adormecí en tus breñas
al suave susurrar de arroyo leve!

—
¡Y cuántas á tu luna misteriosa
contemplé fascinado la hornacina
de tu Virgen hermosa,
á la que de Gatzéiz en la meseta
presta escabel y trono la colina,
que ondulante destaca su silueta
del cielo en la purísima cortina!

—
Yo, al mimo de tus brisas zalameras,
gusté de las ternuras
que mi bendita madre en sus quimeras
de locos y pueriles embelesos
vertía en mi alma en mágicas dulzuras
estrechándome ansiosa entre sus brazos,

al chasquido de besos y más besos
entre abrazos y abrazos.

Y yo, al rugir del aquilón, que airado,
haciendo el bosque trizas,
da mortaja al terreno,
con las lágrimas mías he regado
las heladas cenizas
de mis padres, que guardas en tu seno.
Por eso, en mis afanes, y contento,
y duelos, y alegrías,
siempre vuela hacia tí mi pensamiento,
siempre van hacia tí las ansias mías:
las ansias de mi ser, que en torbellinos,
bullendo acá en mi mente
cuando estoy de tí ausente,
pintan en ella tus risueños valles,
tus ermitas, cascadas, y molinos
y en florestas umbrías
tus alegres soñadas romerías.
No es extraño, pues, no, que me avasalles;
y en mi plácida calma
te tenga siempre aquí, dentro del alma.

¡DESPPIERTA, ESPAÑA!

ODA

¿Qué penas llora tu cantar doliente,
soberana matrona,
que dueña ayer de Ocaso y del Oriente,
tan sólo doblegó tu altiva frente
el peso abrumador de tu corona?
¿Por qué el eco perdido
de tu acento se apaga en el ambiente,
buscando soledad á su amargura,
cual fenece en los bosques el gemido
quejumbroso y sentido
del pájaro que llora en la espesura?
Tú, entre todos los pueblos el primero,
izando los pendones de Castilla,
cruzaste el orbe entero,
y del Andes, que audaz el cielo toca,
hasta la escueta roca
sobre la cual el sol del indio brilla,
tus inquietos bajales,
embistiendo el confín del mar sañudo,

tomaron tierra en la lejana orilla,
y pisando laureles
y agitando tu escudo,
levantaron el templo de tu gloria,
grande como los hechos de tu historia.
¿Quién, sino tú en el bosque solitario,
y allá, en la abrupta peña
en que el fiero condor sienta su trono,
anunció la doctrina del Calvario,
y de la cruz irguió la hermosa enseña
sobre las torres de empinado cono
que clavando su punta en el celaje,
teléfonos divinos del desierto,
al ruido del torrente y del ramaje,
en rústico concierto,
llevan á Dios los ayes del salvaje
y la oración del indio del desierto?

Tú, en osado ardimiento
arrancastes al mar en sus entrañas
para la vieja Europa un nuevo mundo;
y desde aquel momento
en sus crestas flotó de las Españas
tu lábaro fecundo,
heraldo del progreso y de Castilla,—
ante cuyo heroísmo sin segundo
cien reyes sin mancilla,
doblegaron humildes su rodilla.
¡Ah! tú, tan sólo tú, noble y valiente,
llevaste el bienestar á esas regiones,
sumidas en los antros algún día;

sólo, sólo tu gente
arrancó sus sencillos corazones
á la carnal y torpe idolatría;
tú sólo, madre mía,
que al llegar á su plácida ribera,
les prestaste la sangre de tu pecho,
tú... y solamente tú, tienes derecho
á que flote en sus riscos tu bandera.
¡Mas ahi! Los esplendores de tu gloria
escribieron tu negra ejecutoria;
y la furia y encono,
en rastreros afanes,
en derrededor de tu potente trono
alzaron basiliscos y titanes,
que con nervudos brazos,
en creciente y airado torbellino,
envueltos entre rayos y huracanes,
verdugos implacables de tu sino,
haciendo de tu cetro mil pedazos
quisieron acabar con tu destino.
Y cual la ola, engendro del coraje,
del huracán que el piélagos conturba,
nace, crece, se encrespa, avanza, choca,
y en revoltosa turba
se rompe en blanco encaje,
y en la quebrada roca
de su leve cristal teje sudario
para el peñón sombrío y solitario.
Así de muchos pueblos la perfidia,
con fingidas razones,

hijas rastreras de su aleve envidia,
cercándose de intrusos y villanos,
hizo que las naciones
te vieran sujetar de pies y manos:
y en el procaz fatídico egoísmo
de su dolo malvado y encubierto,
vieran hacer tu manto cien girones;
creyendo ya al coloso en el abismo
y tu gloria sin par cadáver yerto.
¡Sueño nefando, al que la necia trama
de vil protervia le prestó relieve!
¡Sueño no más! ¡Sí, Sueño! ¡Sueño aleve!

Luz de marchita llama,
débil gasa de bruma,
que ha de borrar el soplo de tu aliento,
cual deshace la playa blanca espuma,

6 allá en el firmamento,
borra la nube el agitado viento.
Que en la fiebre letal de tu agonía,
que en tu escuálido ser voraz se ensaña,
aún palpita tu pecho cual un día:
¡Ah! despierta, despierta, patria mía!
¡Surge de tu letargo, noble España!

Alza tu altiva frente
sobre el piélago inmundo proceloso
de pasados errores,
y mirando al Oriente
verás de nuevo día esplendoroso
los risueños albores.

Allí, sobre la rústica colina

del Gólgota precito,
envuelta entre cendales
de esmeralda, topacio y coralina
se alza sencilla cruz, faro bendito
que alumbría en su destierro á los mortales.

¡La cruz! Signo sublime,
emblema de la paz y los amores,
refugio en el que el hombre se redime
de penas y dolores.

¡La cruz! Ese es el puerto
en que debe atracar tu pobre nave,
que bogando al alzar, con rumbo incierto
en un mar sin orillas.....
aterrada precave

que al empujarla hacia el peñón desierto
ha de hacer de ella el huracán astillas.

¡Despierta, pueblo mío!
despierta del letargo temerario
en que te han adormido los traidores;
álzate del pasado desvarío,
coge, coge, la cruz de tu calvario,
y tomando por único sendero
la *honra* y el *trabajo* redentores,
del lustro que avecina al sol postrero
coronarás dichoso

del monte del progreso la alta cima,
para que el orbe entero
en himno glorioso
de cadenciosa rima
diga al cantar tu gloria

que eres, cual fuiste, el pueblo de la historia.
Y una vez más detrás del Oceano
resonará la lengua de tus lares,
en el pueblo, la villa y la cabaña;
y una vez más el sol luchará en vano
por querer alumbrar tierras ni mares
en que no ondee el pabellón de España,
y el fruto del trabajo bendecido,
que la ley de la cruz pide y sanciona,
labrará el pedestal de tu grandeza,
y el mundo sorprendido
tu histórica corona
volverá á colocar en tu cabeza.
Y cuando luego allá en futuro día
la lira del poeta quejumbroso
cante de tus desgracias la elegía,
pregonará orgulloso
que si fuiste en bonanzas el coloso
invencible titán de tus rivales,
en tu tiempo azaroso
fuiste aún más grande al redimir tus males.

UN RECUERDO

AL MALOGRADO PATRICIO EUSKARO
DON MATEO BENIGNO DE MORAZA
EN LA INAUGURACIÓN DE SU ESTATUA

Dulce morada que en lejano día
diste á mi ser calor, vida y aliento
y que infiltrastes en el alma mía
el santo amor que por mi patria siento;
presta, presta á mi ardiente fantasía
las libres notas de tu libre viento,
para que, bardo de la Euskaria amante,
de un hijo tuyo las grandezas cante.

Tú, del tiempo á través, feliz matrona,
que erguida de Gatzéiz en la meseta,
oyes la cantos que el bascón entona
al viejo roble, secular atleta;
deja, deja que engarce una corona
con que adorne mi afán la fosa escueta

del hijo altivo de tu pura raza,
el noble vasco, el inmortal Moraza.

—
¡Ah! yo percibo el himno majestuoso
que en los aires engendra la armonía
del arroyo que salta quejumbroso
del bosque inquieto al declinar el día,
del ábrego que zumba tumultuoso,
del ave oculta en la floresta umbría;
y que todos, en fúnebre concierto,
entonan, tristes, su plegaria al muerto.

—
Quiero cantar al hijo de Vitoria
á quien prestaste cariñosa cuna;
al que diera á su pueblo prez y gloria
defendiendo sus leyes una á una;
al que escribió una página en tu historia,
al que en lucha fatal con la fortuna
proclamó hasta en sus hálitos postreros
de la razón los sacrosantos fueros.

—
El varón esforzado y valeroso,
de tu historia y tu ley fiel tributario,
luchó siempre por ti, cual un coloso
en la almena foral de tu santuario;
y en las tranquilas horas de reposo,
guardián y admirador de tu sagrario,
al pie del libro que tu ley encierra
hincó mil veces su rodilla en tierra.

Y cuando aleve la feroz tormenta
rugió en torno del bien de sus afanes,
levantando doquier en lid sangrienta
avalanchas, torrentes y huracanes,
despreciando la racha violenta
é irguiéndose titán entre titanes,
la voz de la justicia alzó potente
del Sur al Norte y del Ocaso á Oriente.

—

Y al resonar en el alcázar santo
su voz clara, sentida y vigorosa,
gimió en tus valles apenado llanto,
rugió la tempestad más tumultuosa,
y entre horrisono estrépito y espanto
rodó el gigante alud y... hasta la fosa
arrastró á tu adalid más aguerrido,
cadáver, sí, pero jamás vencido!

—

Ya bajo las artísticas techumbres
de tu alcázar foral su voz no siento;
ya por tus altas y risueñas cumbres
su palabra de paz no lleva el viento;
deja, pues, que en mi negras pesadumbres
le consagre una flor mi pensamiento,
y mi cariño su memoria llame
y prosternado ante su fosa exclame:

—

Descansa en paz: hoy á tu tumba fría
prestan afombra las sencillas flores,

el bosque y el arroyo su armonía,
la azucena sus rústicos olores,
la luz crepuscular su fantasía,
la brisa nemorosa sus rumores,
la luna manto, el aquilón despojos,
plegaria el labio, lágrimas los ojos.

Duerme el sueño eterno, mientras la Euskaria,
llevando sus pasadas tradiciones,
tiende sobre la losa funeraria
de tu triste ataúd negros crespones;
duerme mientras eleva una plegaria,
y ahogada entre sollozos y aflicciones,
pide á la Virgen Blanca, su patrona,
ciña á tus sienes la inmortal corona.

—
Descansa, sí, que aunque la parca dura
aleve te arrancó de nuestro lado,
tu nombre el pueblo sin cesar murmura
cual bendito recuerdo del pasado;
y al cruzar la sencilla sepultura
que de tus restos guarda el polvo helado,
ni uno tan sólo alienta en este suelo
que no suspire, llore y mire al cielo.

—
En vano, en vano la letal guadaña
osó arrancar tu nombre á la memoria;
en vano, en vano su alevosa saña
quiso en la tumba sepultar tu historia;

el pueblo que admiró tu noble hazaña
hoy te extiende brillante ejecutoria,
levantando en tu honor un monumento,
símbolo de su fe y su pensamiento.

—
Mira cuán diligente y afanoso,
á triste sombra del santuario mudo
que templo de tus leyes fué dichoso,
con dura roca del peñasco rudo,
pregón un día de solar famoso,
levanta un pedestal para tu escudo,
donde puedan cien mil generaciones
en tus hechos leer sus tradiciones.

—
Y sobre base enhiesta y atrevida,
que coronan revueltos capiteles,
el duro bronce de tu estatua erguida,
á cuyos pies doncellas y donceles
tienden rústica alfombra, entretegida
con campesinas flores y laureles,
que orlan el signo de tu estirpe noble,
hecho con hojas del euskaro roble.

—
Y el pueblo vasco, que tu nombre adora,
en torno tuyo sin cesar se hacina,
con tu recuerdo, dolorido llora,
ante tu estatua su cabeza inclina,
y so el alcázar donde oculta mora
de tu pasado la menguada ruina,

te ruega que mitigues desde el cielo
de la pobre Vasconia el triste duelo.

¡Ah, sí! Tu estatua inmóvil y severa,
que guarda silenciosa los umbrales
del vetusto palacio que ayer era
templo de tradiciones patriarcales,
será de hoy más la pertinaz barrera
donde rompa sus furias infernales
el inquieto turbión, que osa en sus iras
hacer del libro de tus leyes, jiras.

Yo, cual un día tú, cruzo embarcado
en el frágil baje de tu esperanza,
el mar de la existencia, que encrespado
entre sus olas, al azar me lanza;
mas desde el torvo piélagos agitado
que me aleja del puerto de bonanza,
distingo tras la noche tenebrosa
limpido el cielo de mi patria hermosa.

Yo en el revuelto mundo peregrino
marchó por entre abismos y volcanes,
que torrentes de lava á mi camino
lanzan entre centellas y huracanes;
mas al penoso fin de mi destino
vislumbra mi cerebro en sus afanes
del horizonte en la región más pura
nacer hermoso el astro de ventura.

Sí, sí; la noble y levantada idea
 que perseguiste con tenaz empeño,
 hará el Destino que mañana sea
 forma sensible de tu ardiente sueño,
 y que la Euskaria venturosa vea
 de su existencia el porvenir risueño.
 ¡Que en el cielo constante de la vida
 todo vuelve á su punto de partida!



¡Cuántas plácidas tardes yo sentado
 á la orilla del río caudaloso
 donde á María en el Pilar famado
 alzó la tradición templo coloso,
 mirando al horizonte limitado
 por la barrera del Moncayo umbroso,
 pertinaz atenaza mi memoria
 el recuerdo querido de Vitoria!

Tras ese inmenso monte, allá cercano
 al dique en que su furia el mar estrella,
 vivió un pueblo feliz y soberano
 sin odio, ni desdicha, ni querella;
 mas lució un día en que el azar tirano
 en él grabó de su poder la huella;
 ¡y el pueblo que contento ayer reía,
 hoy llora el infortunio de aquel día!

Torvo su cielo, muertos los varones
 que regían sus pueblos patriarcales,

lejos sus barcos, mudas las canciones
que alegraban sus bellos festivales,
yermo su templo, rotas tradiciones,
y desiertos sus libres peñascales,
ese pueblo confia resignado
tornar un dia á su esplendor pasado.

Y tomará, sí, sí, que allá en Oriente
la luz se filtra entre la espesa bruma,
y en el límpido mar, donde el rompiente
funde cristal para cuajar espuma,
sale de entre vellones al ambiente
leve paloma, que en nevada pluma,
el cielo hiende y al batir sus alas
presagia bienes como luce galas.

Mas mientras brille la alborada hermosa,
tú, frío bronce que en estatua escueta,
de nuestra aneja ley guardas la losa,
permite que á tus pies llore el poeta,
permite que en su lira quejumbrosa,
á la sombra de paz de tu silueta,
pájaro triste en su preciado nido,
cante sus ayes á su bien perdido.

Deja que apague con letal beleño
el vivo fuego que en mi mente arde,
y adormecido en soporoso sueño
dentro de mi alma tus desdichas guarde,

y cuando en alas de mi loco empeño
abra mis ojos á la luz más tarde,
al despertar de mi febril ceguera
halle á Euskaria feliz cual antes era.

Y que mis ojos en aquel momento
vean al pueblo vasco, que en tropeles
llega al pie del suntuoso monumento
donde hoy ciñen tu frente de laureles,
y sus alegres cantos dando al viento,
graben con letras de oro en los cuarteles
del viejo escudo que su templo emplaza:
¡Gloria al pueblo euskalduna y á Moraza!

CANTARES

Dicen los que te conocen
que tu amor es como un puente
que todos pasan por él
y ninguno se detiene.

No sé lo que tienen, madre,
los cantares de la jota,
que unos al oírlos ríen
y otros al oírlos lloran.

Un altar tengo en el alma,
en el que tú eres el santo,
y paso feliz mi vida
siempre en ese altar rezando.

A todo el que mata á un hombre
le dan la muerte por pena,

y á tí que matas á tantos
ni aún á la cárcel te llevan.

—
Si tras el azul del aire
un cielo nos puso Dios,
tras el azul de tus ojos
no puso uno, sino dos.

—
Cual sigue la sombra al cuerpo
por donde quiera que vá,
así voy yo tras de tí
sin poderlo remediar.

—
Dicen que amar es sufrir
y debe de ser muy cierto,
porque de mirarte sufro
y de no mirarte peno.

—
Así como el sol que nace
disipa en el mar la bruma,
así el fuego de tus ojos
disipa mis amarguras.

—
En la fuente de mi aldea
juraste ser mía sólo;
y ahora si á la fuente miro
fuentes se vuelven mis ojos.

—
Podrá el sol perder su luz
y el mar sus aguas perder,

pero olvidarte yo á tí
eso no, no puede ser.

—
Si quieres entrar al cielo
devuélveme el corazón,
porque el que no restituye
no tiene perdón de Dios.

À LA VIRGEN DEL PILAR

Solamente hay un amor,
que hasta en las peñas se graba,
y es el de Aragón, que á besos
tu santo Pilar taladra.

—
Cuando marcho de Aragón
para tí es mi último beso,
y el primero de mis labios
es para tí cuando vuelvo.

—
No sé, Virgen del Pilar,
lo que en tu altar me sucede,
porque cuanto más te miro
más ganas tengo de verte.

—
¡Qué desgraciados, María,
son los ciegos de esta tierra,
que oyen cantar tu hermosura,
pero que no pueden verla!

Dos retratos guardo yo
en el fondo de mi alma:
uno el de mi santa madre,
y otro el tuyo, Virgen santa.

Siempre que al pie de tu altar
yo rezo, y tu te sonríes,
aunque no me digas nada
ya entiendo lo que me dices.

Donde miras, nacen flores;
donde alientas, suaves auras;
donde ríes, armonías;
donde lloras, pasionarias.

No te canto despedida
porque es la última canción,
y marcharme de tu lado
eso no, no lo hago yo.

MARI-PEPA

LEYENDA VASCA

I

Allá, en las costas de Cantabria hermosa,
donde apiñadas las gigantes peñas,
al Oceano que soberbio brama
rudas sujetan,

hay un rincón en que los altos montes
huyen del mar, y en caprichosas vueltas,
de humildes valles y montañas cuajan
la vasca tierra.

Entre los valles que, los cerros guardan,
porque su ambiente virginal no pierda
el suave aroma que las puras auras
al valle llevan,

Aramayona, de entre todos ellos
el más galano, por allí serpea,

aprisionando, entre sus giros, muchas
pobres viviendas.

Blancas sus casas, cual palomas leves
que en el follaje su ventura albergan,
yacen ocultas entre los castaños
de sus laderas;

Y un bosquecillo, que apartado vive
porque sus galas los demás no vean,
á un caserío de sencillo aspecto
su sombra presta.

Verdes alfombras sus contornos visten,
límpido arroyo sus paredes besa,
y aromatizan sus ambientes rosas
y madreselvas.

Es aquel pobre caserío albergue,
donde tres almas se cobijan tiernas;
Luis con su hermana y su anciana madre
la Mari-Pepa.

Cuando la aurora tras los montes nace
y claras tintas á la casa presta,
una plegaria de candor murmuran
Luis y Teresa.

Y mientras pura la oración sencilla
leve hasta el trono de su Dios se eleva,

sobre la frente de la anciana madre
sus labios sellan.

Beso suave, que el querub hermoso,
que por la dicha de la casa vela,
lleva á sus alas, donde el puro beso
se torna estrella.

Luis sale al huerto, y el maizal flecudo,
el rubio trigo y la pintada fresa
con el sudor de su curtida frente
copioso riega.

Y cada gota de su afán fecundo,
de espigas de oro los maizales llena;
¡que Dios bendice del labriegó pobre
la pobre huerta!

Teresa en tanto de su madre al lado
tiernos cuidados á la anciana presta:
ríe, sí, ríe, y si su madre llora
llora Teresa.

Todo es ventura en la olvidada choza;
sólo bonanza en su recinto reina;
sólo alegría en los frondosos bosques
de sus afueras;

Que hace los días venturosa horas
para los seres que en la casa aquella,

truecan en flores las cien mil espinas
de la existencia.

II

Lucía en Mayo la riente aurora;
nacía el sol, que derramando plata,
sembraba perlas en el verde césped
de la montaña.

Las avecillas en el bosque umbrío
piaban dulces, y las suaves auras
y los arroyos murmuraban cantos
á la mañana.

El sol, rompiendo la cortina espesa
con que la yedra la ventana tapa,
entre sus hojas penetrando, alumbría
pobre morada.

El caserío de la Mari-Pepa,
velado nido de la dulce calma,
y oculto albergue de felices días
triste callaba.

Viejas paredes y techumbre rota,
suelo terroso, sobre el cual descansa
lecho sencillo, y una pobre estera
junto á la cama;

una mujer que sobre el lecho gime,
otra á su lado, cuyos ojos baña
llanto copioso, y en silencio todo;
tal es la estancia.

Surcos rugosos, que la frente corren
de la más vieja; sus miradas vagas
á todas partes, cual si ver quisieran
lo que no hallan;

Pálido tinte que su rostro cubre,
débiles ayes que á su pecho escapan,
lágrimas..... ¡muchas!, que al regar su rostro
su faz abrasan;

¡cuánto dolor para la anciana dicen!
¡cuánta aflicción para la joven callan!
¡cuántos recuerdos de amarguran encierran
para sus almas!

La anciana inquieta entre suspiros duerme;
la joven presa de ansiedad aguarda;
¡llora la joven, que á la anciana mira;
sueña la anciana!

—¡*Hijo! hijo mio, ven! Te quiero tanto!*—
dice la madre, que entre esfuerzos habla.—
—¡*Madre, por Dios, dormid, estad tranquila;*
tened más calma!

*Dios nos protege. La bendita Virgen
le hará pensar en su olvidada casa;
¡ella le lleva el llanto de su madre
y el de su hermana!*

—*¡Está tan lejos!* —murmuró la enferma.—
—*Pero él es bueno.* —*Sí, mas la distancia...*
—*Y eso ¿qué importa?* bien sabéis que sólo
las artes malas

*de aquel infame que robó el consuelo
á tantas madres de la tierra vasca,
pudo arrancar de vuestro lado al hijo.*

Mas él, que ama;

*él, que idolatra á su querida madre
y que á esta fecha recibió la carta,
no lo dudeis, vendrá, vendrá en seguida,
vendrá á su casa.*

—*¡Ni pan tal vez! ¡Mi Luis! ¡Pobre hijo mio!*
—*¿Por qué pensáis de esa manera aciaga?*
—*Acaso Dios, que bondadoso cuida
de aves y plantas,*

podrá olvidarse de mi hermano? —*Acaso,
aunque hoy nos cerca la fatal desgracia
por todas partes, carecemos de algo?*
—*Nada nos falta!*

— *Siento frio, si, frio, mucho frio.*

— *¡Hija! — ¡Madre! — Las fuerzas se me ancanban.*

— *Madre del corazón. Por Dios, miradme.*

¡¡¡madre del alma!!!

Y cae Teresa de su madre en brazos,
y entre mil besos que en su rostro estampa,
ayes y lloros y suspiros se oyen
sólo en la estancia.

Que aconteció no sé... saber no quiero;
sólo podré decir que fría calma
poco después en el sencillo albergue
se respirada.

Sólo podré decir que los cantores
que alegraban ha poco la enramada
quedaron mudos, y las leves brisas
plegaron alas.

Que apagó el arroyuelo sus murmullos
y tímido escapó por la espadaña,
y sepulcral silencio misterioso
reinó en la casa.

III

Era del triste otoño un triste día;
rugía el viento airado en la arboleda,

humillando las copas más gigantes,
tronchando las más tiernas.

Negro capuz vestía el alto cielo;
nubes amontonadas en las crestas
del valle aparecían, y pausadas
cruzaban á la sierra.

El rudo embate de aquilón altivo,
pujando hacia que en confusas grescas
y en torbellino por doquier giraran
montones de hojas secas.

A muy poca distancia de la casa
donde feliz vivía Mari-Pepa,
se levantaba lúgubre un cercado
de paredes muy viejas.

Pobre ermita hay en él, en cuya cima
sobresale una cruz de tosca piedra,
y en el cercado sauces y cipreses
y cruces de madera.

Es la mansión del luto y del olvido,
la mansión del silencio y la tristeza,
del valle el cementerio, en donde duermen
los hijos de la aldea.

Sobre una sepultura, arrodillada
una mujer, que en negro manto envuelta,
no deja ver su rostro, yace inmóvil;
sin duda llora ó reza.

Lamiendo la pared del cementerio
se desliza tortuosa humilde senda,
que nace allá, del monte en las alturas,
y hasta el valle serpea.

Por ella, en dirección al valle, viene
en brioso corcel, y á la carrera,
un apuesto mancebo, en cuyo rostro
se agita la impaciencia.

Al dar vista al cercado, acorta el paso,
las bridas distraído al bruto deja,
y mirando á la ermita avanza lento;
¡ya está cerca, muy cerca!

Al llegar á las tapias, reparando
que se hallaban franqueadas sus dos puertas,
mira, ve una mujer y se detiene;
la mujer nada observa.

Pero un relincho que escapara al bruto
hace que ella levante la cabeza

y que pretenda huir, mas él la dice:
Calmad, soy de esta tierra.

A tal frese, asustada alza su velo,
 mira al doncel, avanza, duda, llega,
 y *¡¡Luis!!* grita aterrada, y en el suelo
 cae la mujer aquella.

¡¡Hermana de mi vida!! dice el joven,
 que en levantar á la mujer se esfuerza,
 repitiendo convulso entre sollozos:
¡Teresa, mi Teresa!

Un momento los dos quedaron mudos;
 un instante después las dos cabezas
 tímidas se miraban una á otra...
 sin respirar apenas.

¡Teresa!—dijo Luis—*¡Teresa mia!*
¿en dónde está mi madre? *Di;* y Teresa...
 calló y miró á la tumba... *¡Ay, Dios!* *¡Concluyel!*
¡Oh, qué horrible sospecha!

—*¡Luis. Está con nosotros!*—*¡Madre mia!*
¡Yo de tu fosa socavé la tierra!
¡Señor que la has llevado de nosotros
¡¡róbame la existencia!!

Y abrazados los dos sobre la tumba
de su virtuosa madre Mari-Pepa,
lloran, y diz que allí, donde cayeron
las lágrimas aquellas,

brotaron puras flores, cuyas tintas
y sencillos olores, aún recuerdan
al labriego que habita aquellos valles,
á Luis, Mari y Teresa.

EL OBRERO

La escena en el año actual;
mes, el ingrato Febrero;
hora, una noche fatal;
el lugar, un arrabal;
el personaje, un obrero.

—
Sin trabajo, el alma yerta
y la esperanza apagada,
llega á su casa desierta,
mira, tiembla, abre la puerta
y penetra en su morada.

—
En ella el techo es sombrío,
el suelo húmedo y terroso,
y una luz con débil brío
lucha con la sombra y frío
en un rincón tenebroso.

—
A un lado del aposento
una cama sin alijo,
encima un Cristo mugriento,

junto á la cama un asiento
y sobre la cama un niño.

El niño débil respira
que la anemia le devora;
la madre, inmóvil, le mira,
dormido el niño suspira,
y alerta la madre llora.

El viento silba en el techo,
la mujer su llanto acalla,
sosocándolo en el pecho;
se queja el niño en el lecho
y el obrero mira y calla.

Y por los muchos rasgones
de la techumbre ruinosa,
cual coposos algodones,
desciende nieve en vellones
y sobre el suelo se posa.

Y el niño en tono sentido
dice al fin: «¡pan, madre, pan!»
La mujer mira al marido,
baja él la vista afligido
y los dos mudos están.

Y el niño vuelve á pedir,
la madre vuelve á mirar,
el padre vuelve á sufrir,

y sin poder resistir
se va ante el Cristo á postrar.

Clamando en afán prolijo:
«¡Señor, vedme á vuestros pies.
Por el santo Crucifijo,
dadme pan para mi hijo
y haz que muramos los tres!»

Y el niño sigue gimiendo,
la madre sigue llorando,
el padre sigue sufriendo,
la nieve sigue cayendo
y el viento sigue silbando.

Y la madre en su ansiedad,
besando con frenesí
á su hijo, grita: «¡Piedad!
¡Dios mío! ¿no hay caridad?
y una voz responde: «Sí.»

De aquella voz al sonido
miran los dos á la entrada,
y uno y otro sorprendido
ven el tipo distinguido
de una mujer enlutada.

De rostro dulce y austero
avanza con noble afán,
y en la mano del obrero

una bolsa con dinero
deja en humilde ademán.

— Ante aquella acción el hombre
dijo absorto á tal bondad:
«Permitidme que me asombre
y decidme vuestro nombre:»
y ella dijo: «Caridad».

— Bendita vuestra existencia.
— Benditos vosotros dos:
que á aquellos que en su indigencia
llaman á la Providencia,
jamás ha faltado Dios.

Y cuando tal ella dijo
en la mansión solitaria,
los padres, besando al hijo,
ante el santo crucifijo
lloraron una plegaria.

A LA VIRGEN DE MI PUEBLO

REGUERO

¡Ah, María, María!
¡cuánto tiempo sin verte!

Cuánto sin contemplar tu faz serena,
desde que hace ya un año el alma mía,
en un plácido rato de su suerte,
te contaba su júbilo y su pena.

¡Si vieras, Madre hermosa,
lo mucho que en tu ausencia yo me afano
por libar tu sonrisa deleitosa,
cuando mi alma triste y quejumbrosa
acá y allá te busca siempre en vano!

¿Y cómo no has de ser tú mi desvelo,
si desde pequeñuelo
siempre corrí á la sombra de tus lares;
y en mis juegos pueriles
tantas veces al pie de tus altares,
en floridos Abriles,

deposité tomillo y hierba-buena,
rosas, lirios, verbena,
jazmín y peonía
y cuantas flores la campiña cría?

Tú, bella Virgen pura,
guardas de mis recuerdos el tesoro,
y las primicias de mi poble llanto;
guardas la sepultura
de la adorada madre, á la que lloro;
y el pilar sacrosanto
de la iglesia querida,
en la que á la caída
de las tardes de estío placentero,
cien veces te conté lo que te quiero.

—
¿Te acuerdas de la noche tenebrosa
en que el viento rugiente
en racha tumultuosa
tendió al pie de tu altar manto de armiño;
aquella noche en la que yo impaciente,
siendo aun niño, muy niño,
marcando en nieve de mi pie las huellas
vine á tí á relatarte mis querellas?

—
Sí que te acordarás; aquella noche
mi pobre madre triste y desolada,
porque yo á mi vivienda no acudía,
en muy dulce reproche

me dijo acongojada
el por qué á su regazo no corría.

Mas al decirla yo que había estado
en tu solar bendito,
su impaciencia trocóse en alborozo;
y abriéndome su pecho enamorado,
con maternal prurito,
me estrechó contra él, ébria de gozo,
y en febril embeleso
selló en mis labios apretado beso;
y una lágrima ardiente
rodó por su mejilla,
y volviendo á besarme locamente,
y sentándome luego en su rodilla,
apenada me dijo:

Mira hijo,
la Virgen de la Blanca, que es tu anhelo,
fué siempre de esta casa la alegría
lo mismo en la bonanza que en el duelo.
No la olvides, pues, nunca, vida mía,
y cuando yo me muera,
ella será tu madre y tu consuelo,
que así en su mismo altar me ha prometido.
Cuando, pues, de la vida en la carrera
te veas afligido,
cuéntaselo á la Virgen y al momento
ella mitigará tu sufrimiento.

¿Cómo, pues, Virgen de mi hogar amado,
si mi madre me dijo que te adore,
quieres que cuando estoy de tí apartado,
y te busco y no te hallo, yo no llore?

—

¡Ah, no, no puede ser; fuera locura
el intentar que yo te dé al olvido;
por eso, Virgen pura,
hoy acudo cual siempre he acudido
al pie de tus altares,
á recordarte en plácidos cantares
que la dulce promesa,
que tú hiciste á mi madre en aquel día,
la tengo siempre aquí, en el alma, impresa
para contento de la vida mía.

Agosto del 99

LAS CAMPANAS

Es la mañana,
ríe la aurora,
cantan las aves,
sale el sol ya,
y allá en la ermita,
llora una niña
que el sacerdote
va á bautizar;
y saludando
á la nacida
el valle alegran
aquí y allá
los vivos timbres
de las campanas
que alegres dicen:
din-dín, din-dán.

Es mediodía
y hacia la ermita
va una pastora
con un gañán,
y á poco el cura

une sus manos
en bendecido
lazo nupcial;
y porque sepan
los campesinos
que la pastora
su mano da,
mil volteretas
dan las campanas,
diciendo alegres:
din-dín, din-dán.

Es una tarde
de crudo invierno;
ruge furioso
el huracán,
pañó mortuorio
viste la ermita;
lúgubres cantos
se oyen sonar;
es que la bella
joven pastora,
antaño alegre,
no existe ya,
y las campanas
doblan por ella,
tristes diciendo:
din-dón, dindán.

STABAT MATER

¡Pobre madre de amor! ¡Pobre María
que estrechando á Jesús contra tu pecho,
viertes sobre su faz cárdena y fría
raudales del dolor que te ha deshecho.

—
No hay pena, Madre mía, cual tu pena,
ni martirio que iguale á tu martirio;
¡sola, al pie de la cruz, viendo la escena
que ebrio Judá consuma en su delirio!

—
Tú al hijo de tu amor, al que anhelosa
decías en Belén dulces cantares,
al que á Egipto llevaste cuidadosa,
al que siempre alegró tus pobres lares;

—
Al que fué tu existir, tu bien, tu vida,
tu constante soñar, tu afán más grato,
viste que en una cruz escarnecidá
el pueblo de Judá clavó insensato.

Y viste en torno al populacho fiero
ciego de ira en su febril locura,
haciéndole apurar en el madero,
gota por gota, el cáliz de amargura.

Tú viste sus espaldas desgarradas
por el hierro cruel de los azotes,
y oíste entre salvajes carcajadas
escarnecer su nombre en necios motes.

Tú viste la corona que ceñida
atravesó sus sienes virginales,
y al golpe de una lanza, de honda herida
de su pecho brotar sangre á raudales.

Y traspasar sus manos bienhechoras
los duros hierros que á la cruz le ligan,
y acabar sus más postreras horas
con hiel amarga que á gustar le obligan.

¿Qué dolor cual el tuyo, Madre mía,
entre tal crudeldad y tales sañas,
siguiendo, paso á paso, la agonía
del hijo que llevaste en tus entrañas?

¡Ah! Madre, ya expiró, míralo inerte;
ya no verás sus ojos de ternura,
que de opaco cristal cubrió la muerte,
ni admirarás su plácida hermosura.



Ya no verás su celestial sonrisa,
ni hollará ya su pie la tierra hebrea,
ni su aliento, fragante cual la brisa,
perfumará los valles de Judea.

Y al triste ocaso de tan triste tarde,
mientras la turba de espantado ceño
del Gólgota maldito huye cobarde,
¡tú sola quedas cabe el santo leño!

¿Qué haces, Madre infeliz, en tal manera
abrazada á la cruz de tu tortura?
No hay aflicción, cual tu aflicción, tan fiera,
ni amargura que iguale á tu amargura.

Llora, tienes razón, que en tu quebranto
no hay un dolor que á tu dolor se iguale;
da rienda suelta al abrasado llanto
que á borbotones de tus ojos sale.

Mas déjame que llegue yo al madero
do viertes tantas lágrimas, María;
deja, deja que llegue, porque quiero
llorar también contigo, Madre mía.

EN BELÉN

Hay un valle en la Judea
que el undoso Jordán baña
cuando entre montes serpea,
y hay en el valle una aldea,
muy cerca de una montaña.

—
Aparte del caserío,
casi oculta por la broza
y ramaje muy sombrío,
no lejos del manso río,
hay una muy pobre choza.

—
Tiene su pared rasgones,
ramas secas por techumbre,
suelo en terrosos vellones,
y en uno de sus rincones
arde raquítica lumbre.

—
Al fuego, casi apagado,
que sólo á veces flamea,
hay un anciano arrimado,

y está sentada á su lado
una bellísima hebrea.

—
Es la noche muy oscura,
cerrado está el firmamento
y del bosque en la espesura
ruge con fiera bravura
el rudo soplar del viento.

—
El cierzo nubes aduna
del Líbano en la vertiente
y con menguada fortuna
en vano lucha la luna
por alumbrar el ambiente.

—
La nieve, que en su caída
al aire se balancea,
por el viento sacudida
bate la pobre guarida
que ampara al viejo y la hebrea.

—
Y por un ancho rasgón
que sus toscos muros hiende,
se introduce en la mansión
y se hacina en un montón
que junto al fuego se tiende.

—
Y el viento sigue bramando,
la nieve sigue cayendo,
el frío sigue arreciando,

y el viejo sigue temblando
y la hebrea sonriendo.

—
De pronto en lo alto aparece
una nube fulgorosa
que en el ambiente se mece,
y que baja y luce y crece
y en el establo se posa.

—
Y limpio brilla el celaje
y la luna reverbera
en el lago del paisaje...
y ya no azota el ramaje
del viento la saña fiera.

—
Y al fulgor que resplandece
en la misera cabaña,
se ve un niño que enloquece
al viejo que lo guarece
y á la hebrea que lo empaña.

—
Y la esquila y el balido,
el rabel, las auras puras,
del arroyuelo el gemido,
de los bosques el ruído
y el cantar de las alturas,

—
en cadenciosa armonía
entonan ¡Gloria al Señor!
¡Gloria al Hijo de María

y loor á la Judía,
madre ya del Salvador!

—
Y á muy poco en los oteros
corretean los pastores,
y á Belén bajan ligeros
á ofrecer tiernos corderos
al Señor de los Señores.

—
Y á los ecos de rabeles
las zagalas y zagalas
traen al Niño suaves pieles,
ricos panes, dulces mieles
y blanquísimos pañales.

—
Y la choza, las masías,
la ciudad, villa y aldea,
en alegres melodías,
cantan ¡Hosana al Mesías
que ha nacido en la Judea!

—
Y el céfiro nemoroso,
llevando el Hosana en pos,
corre el mundo presuroso
á pregonar orgulloso
el nacimiento de Dios.

EN EL CALVARIO

Luz vaga, pardo celaje,
horizonte tormentoso,
sopla el viento con coraje
y cruge inquieto el ramaje
en el bosque tenebroso.

Brama sorda la tormenta,
raudo fuego el cielo exhala,
el ronco trueno revienta...
y centella violenta
audaz los árboles tala.

Tiembla el suelo, en el santuario
se desgarra la cortina,
salen muertos de su osario...
y á la cima del Calvario
un populacho camina.

Que una cruz se alza en su cumbre
en la que un Justo fenece
en horrible pesadumbre...

y á sus pies la muchedumbre
le provoca y escarnece.

—
Y entre el populacho fiero,
devorando la agonía
y el quejido lastimero
del que expira en el madero,
al pie de la cruz, María.

—
Pálida, desencajada,
triste, inmóvil, macilenta,
bajo la cruz despiadada,
clava en su hijo la mirada;
¡que aun alienta, que aun alienta!

—
Mas Jesús lanza un gemido
que María ahoga en su seno...
y el céñit embravecido
pregona con un rugido
la muerte del Nazareno.

—
Y el pueblo aterrado gira
y huye en torpe desconcierto,
y Jesús ya no respira,
y su pobre madre mira
en la cruz á su hijo muerto.

—
Pobre madre, que de hinojos
ante el bien que tu alma adora,
sobre sus santos despojos

das rienda suelta á tus ojos;
¡llora, Madre mía, llora!

—
Ya los bosques del Tabor
no imitarán la armonía
de sus palabras de amor,
ni le robará candor
el alba del nuevo día.

—
Ya no tomarán las olas
el rumor de su concerto,
ni claveles y violas
para sus leves corolas
el perfume de su aliento.

—
Ni mecerán su barquilla
las rizadas olas bellas,
ni en la caprichosa orilla
dibujará la arenilla
de su santo pie las huellas.

—
Ya no ha de causar agravios
ver al pueblo en su redor,
ni campesinos y sabios
oirán ya de sus labios
la doctrina del amor.

—
Ni tú, en feliz arrebato,
absorbiendo su mirada
en tranquilo y dulce rato,

verás ya más tu retrato
en su pupila adorada.

—
¡Pobre madrel! Es tu dolor
el mayor de los dolores,
pues si el dolor es amor,
tú diste vida y calor
al Amor de los amores.

—
Llora, sí, que en tu quebranto
salga el llanto que te apena;
mas... no, no, no llores tanto,
porque el raudal de tu llanto
es el raudal de mi pena.

—
Mas ¿de qué modo acallar
al corazón destrozado?
No, Madre, fuerza es llorar;
llora, llora sin cesar,
y yo lloraré á tu lado.

LA CITA EN EL VALLE

Marta, la más bella
de las mil serranas
que cruzan los valles
de la tierra vasca,
junto á un arroyuelo
de límpidas aguas,
sobre el verde césped
yacía sentada.
Era en una tarde
de apacible calma,
cuando en el estío
las sutiles auras
el valle y el cerro
de aroma embriagan.
Marta miró al bosque,
luego á la montaña,
dió un suspiro al aire
y una perla al agua,
y echándose al rostro
sus manos de nácar,

triste y quejumbrosa
lloró la aldeana:
que el pastor Lisardo
que la roba el alma,
no baja al arroyo,
cual siempre bajaba.
Y el sol ya declina,
la oveja no bala,
Lisardo no viene
y solloza Marta;
cuando un pajarillo,
al que la serrana
le ha quitado el nido
al rayar el alba,
lanza en tristes cantos
quejas muy amargas;
que el capricho que ella
tuvo á la mañana
le ha robado al ave,
con el nido, el alma.
De pronto la joven
mira á la enramada,
sonríe gozosa,
da un brinco y escapa;
y á muy poco, vuelve
riende y ufana,
trayendo en la mano
un nido, que guarda
cuatro pajarillos
que á su madre llaman.

Y muy cuidadosa,
llega á la enramada,
deposita el nido,
se aleja y aguarda;
y á muy poco, alegre,
mira la serrana
que aquella avecilla
que triste lloraba,
cubriendo en el nido
con sus leves alas
á sus pajarillos,
orgullosa canta.
Ya no gime el ave,
ya no llora Marta,
trina el avecilla,
ríe la serrana,
y el pastor Lisardo
al arroyo baja;
porque la ternura
de la joven vasca,
al volver al ave
su perdida calma,
hizo que del cielo
plácida bajara
por el aire puro
bendición sagrada
sobre los amores
del pastor y Marta.

FE

Sentado junto á una mesa,
con la cabeza apoyada
en la mano descarnada,
que su limpia frente apresa,

un filósofo indiscreto,
luchando con su conciencia,
le preguntaba á la Ciencia
de su destino el decreto.

Mas como la ciencia muda
al sabio no respondía,
la razón se le perdía
en los antros de la duda.

Quiso el sabio, de repente,
para calmar su tormento,
levantarse del asiento,
mas dijo una voz: «Detente.»

El pobre sabio, aterrado,
alzó los ojos, por ver
quién aquel pudiera ser
á mandarle tan osado,

—
y sorprendido se halló
con una joven doncella,
la más dulce y la más bella
que hasta entonces jamás vió.

—
Estaba en tierna actitud,
sus cabellos destrenzados
y con los ojos vendados,
y en una mano una cruz.

—
—¿Quién eres tú, para que
dispongas de mi albedrío?
dijo el sabio en tono frío;
y ella respondió: —La Fe.

—
—Jamás á la fe yo evoco;
mi razón de ella reniega.
—Pues por eso á ti se llega;
porque no te vuelvas loco.

—
—¿Me pretendes instruir?
—Pretendo hacerte saber

el por qué de tu nacer
y el por qué de tu morir.

—¡Vano empeño! —Tal vez no;
en la ciencia lo has buscado
y nada en ella has hallado
de lo que te diga yo.

—
No es posible comprender
sin mí, como tú, primor
de la obra del Hacedor,
vives para padecer.

—
Mas si llevas tu atención
hacia el edén terrenal,
en aquel árbol fatal
hallarás la solución.

—
De mí nace la esperanza,
bálsamo del sufrimiento,
que da en la desgracia aliento
y alegría en la bonanza.

—
En mí engendra su grandeza
esa tierna caridad,
amparo de la orfandad
y sostén de la pobreza.

Sin mí la fiebre del vicio,
locura tras de locura,
es la vereda segura
que nos lleva al precipicio.

—

Sin mí el llanto de tu esposa
ni de tu hijo, ni tu madre,
no es posible que taladre
la cubierta de tu fosa.

—

Sin mí, sin la ayuda mía,
ni aun sociedad puede haber;
¿qué se va en el mundo á hacer
si el hombre de otro no fia?

—

Tú contemplas con horror
que dejarás de existir;
mas ¿qué te importa morir
si hay otra vida mejor?

—

Tal hablaba la doncella,
cuando el sabio, en su contento,
abandonando su asiento,
dijo postrado ante ella:

—

¡Ah, bendita aparición,
que dominando mi ser,

al enseñarme á creer,
iluminas mi razón.

—
La Fe, con suave desliz,
escapó en alas del viento,
y el sabio, desde el momento,
lloró, creyó y fué feliz.

ESPERANZA

Diz que en escondida tierra,
donde tupido follaje
viste de verde ropaje
el llano, el valle y la sierra,

—
y donde los airecillos
en la espesura traviesos
balancean entre besos
á los nardos y tomillos;

—
En una esbelta colina,
que audaz casi al cielo toca,
y en la cima de la roca
hay una sombra divina.

—
Joven, bella, sin igual,
sentada sobre la peña,
un áncora por enseña
y envuelta en blanco cendal,

clava en pertinaz anhelo
su mirada en una estrella
que colgada está sobre ella
en el puro azul del cielo.

Diz de tan bella mujer
que el morar tales alturas
es porque las desventuras
de la tierra gusta ver.

Ella sobre la tormenta,
cuando espumoso oleaje
con violento coraje
sepultar la nave intenta,

vuela en alas de su afán
al que en el mar lucha en vano,
y tendiéndole su mano,
lo arrebata al huracán.

Ella al mancebo valiente
en sus empresas anima,
que en lucha con gente y clima
cruza de Oriente á Occidente.

Ella á Colón alentó,
cuando á despecho del mar,

el mundo se fué á buscar
que España á la Europa dió.

—
Ella al pobre misionero
visita en cárcel oscura,
y sosegada ternura
vierte en casa del obrero.

—
Ella al enfermo da aliento
en sus crueles dolores,
soñando días mejores
que endulzan el sufrimiento.

—
Ella no falta jamás
donde brota una querella;
vive, sin vivir para ella,
sólo para los demás.

—
¡Ah, tú, mujer sin igual,
cuya bendecido mano
vierte sobre el pobre humano
de consuelos un raudal.

—
Ya sé quién eres, á fe;
sé tu velada mansión;
sé en la tierra tu misión
y de tu vida el por qué.

Sé que el astro en lontananza
es María, allá en el cielo,
que tu monte es el Carmelo
y que tú eres la Esperanza.

—
No me abandones ya más,
y si el verte ha sido un sueño,
¡dame, dame más beleño,
y no despierte jamás!

CARIDAD

En dulce sueño arrobado
soñé que al rasgarse el tul
con que la noche el azul
del cielo tiene velado;

—
cuando el alba entre candores
nace en los montes vecinos,
á los cantos y los trinos
de mirlos y ruiseñores,

—
el celaje se rompía,
y allá, de región lejana,
una nube de oro y grana
lenta hacia mí descendía.

—
Al tocar tierra la nube,
su etérea gasa rasgó,
y á mis ojos ofreció
la imagen de una querube.

Tierna, dulce, cariñosa,
á un anciano acariciaba,
y de la mano llevaba
á un niño de faz hermosa.

Saber quién era intenté;
quise hablar, miró hacia mí,
y... no sé lo que sentí;
sé sólo que yo lloré.

Recuerdo que sonreía,
que el pequeño la besaba,
que el pobre viejo lloraba
y que yo mudo yacía.

Ella, viendo mi actitud,
me dijo con voz sonora:
«Bien haya todo el que llora,
porque llorar es virtud.

»Las lágrimas del amor
son las perlas del rocío;
no las pierdas, hijo mío,
porque tienen gran valor.

»Con ellas riega afanoso
el árbol que te ha de dar
los frutos con que aplacar
el hambre al menesteroso.

»Y si el dolor violento
agitá tu corazón,
no te olvides de que son
bálsamo del sufrimiento.»

—
Tal dijo, y despareció
á mis absortas miradas
entre las gasas nevadas
del cendal que la ocultó.

—
Quise seguirla, ¡locura!
Preguntarla, mas fué en vano;
no era del linaje humano
tanta virtud y hermosura.

—
Y agitado el corazón,
conmovido, desperté
y la realidad palpé;
¡todo fué sueño, ilusión!

—
Todo, todo fué soñar
del cerebro delirante,
que deshizo el mismo instante
en que hube de despertar.

—
Pasó tiempo, y al amor
de la dulce primavera,
paseaba yo en la ribera
de un río murmurador,

cuando entre el zarzal sombrío
vi un pobre niño inocente
que rodaba á la pendiente,
con riesgo de caer al río.

—
Corri en su ayuda anhelante,
al par que en la orilla undosa
vi una monja que, afanosa,
salvó del río al infante.

—
A tal cesé yo en mi empeño,
quedando absorto al creer
en aquella monja ver
á la visión de mi sueño.

—
Dudo, reparo, escudriño
y mi mente al fin se abisma;
¡la mujer era la misma,
y el mismo, también, el niño!

—
Avido, quise inquirir
quién era; mas la mujer,
volviendo el brazo á tender,
dijo, sin quererme oír:

—
«Con insistente ansiedad,
de tu sueño en la quimera,
quisiste saber quién era:
pues bien, soy la *Caridad*.

»Sigue mi camino, sigue,
que jamás el hombre en vano
le pida pan á su hermano
sin que éste su hambre mitigue.

»Que esta es la ley del amor
que, de Cristo en la agonía,
selló en el Calvario un día
la sangre del Redentor.»

Huyeron monja y pequeño,
siguió el río su carrera
y yo, absorto en la ribera,
quedé pensando en mi sueño.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD

¿Quién da luz al que no ve?

La Fe.

¿Y en los dolores templanza?

La Esperanza.

¿Y amparo en la adversidad?

La Caridad.

Toda la felicidad

que hallar se puede en la tierra
en esta frase se encierra:

Fe, Esperanza y Caridad.

A LA LUNA

Lámpara medrosa
de noche callada,
que leve apareces
tras de las montañas,
y lenta, muy lenta,
los cielos escalas,
surcando el espacio
tu disco de nácar
por entre los miles
de estrellas que cuajan
del cóncavo cielo
la capa azulada;
¿por qué con las nubes
á veces te tapas,
y asomas á poco
tu rostro de plata,
y luego te ocultas,
y más tarde avanzas,
siempre veleidosa,
cual ola liviana
que engendra la espuma
y esquiva á las auras,

nace, crece, huye,
vuelve, sube y baja?
Tú asomas tu rostro
por entre las gasas,
si plácida alumbras
la cuna nevada
de niña inocente,
que en sueños halaga
risueñas venturas
para su mañana.

Entonces tus rayos,
cual nuncios que bajan
del límpido cielo
y besan su cara,
parecen decirle:

«La Virgen sagrada
te mira, sonríe
y tierna te llama,
diciendo: «Hija mía
»más bella que el alba
»que la primavera
»luce en sus mañanas,
»sé buena, sé dulce,
»sé pura, sé casta.»

Entonces, entonces
asomas tu cara.

Mas cuando del crimen
la vil asechanza
puñal insidioso
oculta entre matas;

y en el despoblado
solitario aguarda
se acerque á su filo
la víctima incauta,
é hiriendo alevoso,
la sangre derrama
de su propio hermano;
sangre que en sus ansias
al cielo salpica
y á la tierra mancha;
entonces, entonces,
antorchas calladas,
ocultas tu rostro
tras las nubes blancas.
Por eso, por eso,
vacilante lámpara
colgada del cielo,
á veces te tapas,
y á veces asomas
tu pálida cara.



GOZO Y LLANTO

Cae la nieve por el aire,
en sueltos copos, que ondean
y leves se balancean
con caprichoso donaire.

—
Y al posarse, silenciosa,
en el árbol y espadaña,
viste la verde montaña
de túnica candorosa.

—
Mas á poco, con furor,
el huracanado viento
deshace, en breve momento,
tanta belleza y candor.

—
De tal manera en el alma
de la virtud la ambrosía
esparce dulce alegría,
paz y venturosa calma.

Mas á poco, la pasión,
con encrespado oleaje,
ahoga en su febril coraje
la calma del corazón.

—
Y cual la nieve se nece
al soplo del rudo viento,
de la pasión al aliento
la dicha desaparece.

ENGRACIA

POEMA HISTÓRICO-RELIGIOSO

I

No llamaré á las musas vocingleras
que, envueltas en sus gasas de cristales,
alegran en el Ebro las riberas
con sus cantos y danzas matinales;
he menester hoy notas más severas,
que no prestan parnasos terrenales;
¿y á quién ha de llamar mi fantasía,
si tengo en el Pilar el alma mía?

A ti doncella hermosa, que soñada
allá al principio en la divina mente,
naciste como nace la alborada
entre oro y tornasol en el Oriente;
á ti, fragante rosa delicada,
á ti, de puro amor límpida fuente;

á tí, María, de mi ser encanto,
te pide inspiración mi pobre canto.

Dame un rayo no más, no más un rayo
de tu luz tan sutil y esplendorosa,
para pintar la escena que al Moncayo
hizo vestir su capa nebulosa:
escena horrible, de Satán ensayo,
en que, al abrir para la cruz la fosa,
fué tumba el Ebro del pagano mito
y cuna hermosa del cristiano rito.

Sonó el reloj del tiempo en el espacio,
llamando al siglo cuarto á su carrera,
y cuando el sol entre rubí y topacio
surcaba altivo la celeste esfera,
sorprendió de la Roma en el palacio
á Diocleciano, que en letal ceguera,
maquinaba, furioso é iracundo,
borrar á Cristo de la faz del mundo.

Pasa el tirano, con pavor, revista
de sus dominios al cercado inmenso,
y allá, do llega su aterrada vista,
nubes divisa de azulado incienso;
y estremecido ante la gran conquista
del Hijo de Belén, queda suspenso,
y jura, henchido de furor y encono,
matar cristianos por salvar su trono.

¡Sueño no más; fantástica mentira
que el odio engendra en alevosa llama!
¡Sueño del loco que febril delira
por ver borrado del Calvario el drama!
Ni el hacha, tea, ni puñal, ni pira,
aunque se asocien en horrible trama,
podrán robar á Cristo con su amanó
un cordero no más de su rebaño.

—
Mas ya la tempestad torva aparece
del horizonte en el lejano ruedo,
y avanzando hacia España crece y crece,
doquier sembrando confusión y miedo;
avanza más; ya llega; se ensurece
sobre el Pilar con infernal denuedo,
y grita á voces: *¡Ay de quien te adora!*
¡Hijos de Cristo os llegó la hora!

—
Era un día de Abril limpio y sereno,
vestía el cielo su color de gala
y el verde prado, de narcisos lleno,
rival del cielo su fragancia exhala;
el sol, que nace tras el monte ameno,
besa la yedra, que la tapia escala,
y en las hojas, del muro tan amantes,
cuaja el rocío perlas y diamantes.

—
Es cuando ya los pájaros gorjean,
saltando alegres de su tosco nido;
cuando ya las ovejas corretean,

llamando al pequeñuelo en su balido;
cuando ramas y flor se balancean
en suave vaivén con leve ruido;
cuando el Ebro, tendido en ancha cinta,
en su cristal el cielo y bosque pinta.

Sobre fondo de límpido celaje
Cesaraugusta se destaca bella,
luciendo como rústico ropaje
el pardo muro que á su pie descuella;
el sol de plata en el calado encaje
de los torreones su blancura sella,
y Augusta duerme en paz, sin que vislumbre
el rayo que chispea allá en la cumbre.

Por la tosca calzada, que arrancando
de la ciudad, á Illerda se dilata,
en fogosos corceles cabalgando,
luciendo sus corazas de oro y plata,
y en sus brillantes cascos tremolando
colgantes plumas nieve y escarlata,
los guerreros que Roma al mundo envía
á la ciudad llegaron aquel día.

De entre los mil ginetez el primero,
que en oro y brocatel á todos reta,
es erguido doncel, audaz guerrero
de torva faz y de mirada inquieta;
luce plumaje azul, mira altanero,
monta bravo alazán, que mal sujetá,

y cuando al pardo muro está cercano,
grita en vibrante voz: *¡Paso á Daciano!*

Cabe los muros la legión brillante,
de la puerta cruzando los dinteles,
veloz corre las calles adelante
al bruto galopar de sus corceles;
de pronto se detiene, y al flagrante
chasquido del acero y los broqueles,
proclama en alta voz y torvo acento
el culto de los dioses ó el tormento.

Y en las calles y plazas y cercados
levantan á porfia cien altares,
donde ostentan sus rostros degradados
Baco, Júpiter, Venus y los Lares;
y pululan esbirros encargados
de hacer que los de Cristo en sus hogares,
ó doblen ante Baco la rodilla
ó doblen su cerviz á la cuchilla.

Y el pueblo, por Daciano enardecido,
se lanza á las orgías más carnales,
y en liviano placer adormecido,
en medio de nefandas bacanales,
no llega á percibir su torpe oído
los majestuosos cantos funerales
que en lo profundo de la tierra inciertos
brotan pidiendo paz para los muertos.

¿De dónde nace el fúnebre murmullo
que el aire lleva en tan sutil plegaria,
melancólica y tierna, cual arrullo
que la tórtola gime solitaria?
Es que mientras se agita en el barullo
de la ciudad la crápula incendiaria,
bajo sus pies carnales y profanos
¡paz á los muertos! piden los cristianos.

II

A la orilla del Orba, en una loma
entre robles, encinas y follaje,
un castillo se esconde, cual paloma
que al cazador se oculta en el ramaje;
y en él en escondido patio asoma,
medio oculta por tosco maderaje,
lóbrega boca de sombrío seno
que misterioso se hunde en el terreno.

De la boca del seno tenebroso
parte sótano estrecho, que al hundirse,
vacilante se vuelve tortuoso,
dudando hacia qué parte dirigirse;
y más allá su rumbo flexuoso
cambia, para correr á zambullirse
en una catacumba fría y honda
dispuesta en negra y circular rotunda.

Visten el muro que su cerco cierra
 fríos sepulcros en derecha fila;
 de su techumbre de negruzca tierra
 débil luz pende que al lucir vacila;
 urna muy tosca pobre cruz encierra;
 húmedo ambiente la pared destila,
 y un muerto yace y en su torno gente
 que humilde reza con postrada frente.

—
 Todo está en calma, todo está callado;
 A poco se oyen débiles gemidos;
 llega luego rumor sordo alejado;
 suenan más tarde gritos y alaridos,
 y al fondo asoma grupo abigarrado
 de siniestros sicarios confundidos,
 que con teas, Daciano á la cabeza,
 llegan hasta la estancia en que se reza.

—
 Los que oran se alzan, y con calma fría
 reciben á Daciano, que á ellos viene;
 al contemplar tamaña valentía,
 Daciano, vacilante, se detiene;
 ruge después, y cual sañuda arpía,
 grita: *Cristianos sou. ¿Qué nos contiene?*
 Y responde una voz: *Somos cristianos.*
Yo soy Engracia y estos mis hermanos.

—
¡Ella es! — grita el pretor. — *La Lusitana!*
¡Júpiter la coloca en mi camino!
Aherrojadlos á todos y mañana

la Parca cuidará de su destino.

Y caé sobre ellos la caterva insana,
y salen en confuso torbellino...
quedando á poco en la caverna oscura
tan sólo espanto, soledad, pavura.

—
Fuera de allí la turba crapulosa,
sedienta cual jauría de lebreles,
en repugnante gresca tumultuosa,
lleva entre hierro, ajorcas y cordeles
á Engracia, la heroína valerosa,
entre todos sus deudos á ella fieles,
á lóbrega prisión, ¡triste sudario
de su fatal y próximo calvario!

—
Y allá, en los antros donde denso muro
de su desdicha los horrores vela;
donde el ambiente vaporoso, impuro
hálito exhala que la sangre hiela;
donde la luna en el cristal oscuro
de sucia charca con temor riela,
alabando á Jesús sufren su suerte,
aguardando tranquilos á la muerte.

III

Nacía el nuevo sol tras la colina,
rompiendo con sus dardos de diamante
de la noche la lóbrega cortina;

bullía en la ciudad gente incesante,
que en grupos que murmuran se avecina,
corriendo por los muros adelante
á una plaza donde algo grave ocurre,
á juzgar por la plebe que concurre.

Sobre ricas columnas de labores
se tiende caprichoso balconaje,
y en él, en su sitial, con los pretores,
y ostentando de grana rico traje,
está Daciano, y frente, entre lictores,
Engracia, que clavando en el celaje
sus preciosas pupilas con anhelo,
da el azul de sus ojos al del cielo.

—*Sois cristiana?*—pregunta el presidente.
—*Sí*,—dice en alta voz la lusitana.
—*Imposible que sea de esa gente
una joven cual vos, noble romana.*
—*Lo soy, lo soy, y con pasión ardiente
amo á Jesús, de quien el bien emana
y desprecio á los dioses, vano mito
que en su descargo fabricó el delito.*

—*Sólo hay un Dios sobre la asul esfera;
Dios que tiene á sus pies el firmamento,
Dios que marca á los astros su carrera,
que enfrena al rayo y que sujetá al viento.
A tal gritan mil voces já la hoguera!*
y en furioso oleaje turbulento,

ebrios, apostrofando á la doncella,
de acá y allá se lanzan contra ella.

Y á empellones y golpes, la canalla
empuja á la cristiana, que, anhelante,
llega hasta el mismo pie de la muralla,
donde al fin cae en tierra jadeante;
la ligan á un corcel, cruce la tralla
y arranca el bruto con vigor pujante,
arrastrando tras él en su bravura
á la doncella por la roca dura.

Y ciego el alazán, que se desboca,
la peña, el matorral y el vado asalta,
echando blanca espuma por la boca,
en que el fuego le sobra y freno falta;
el cuerpo de la virgin rudo choca
contra el tronco y la peña, y sangre salta
que imprime en el terreno roja huella
del martirio cruel de la doncella.

Rinde, por fin, al bruto la corrida;
ella, mirando al cielo, abre sus brazos;
dan los sicarios nueva arremetida;
rasga el hierro sus carnes en pedazos;
hienden su pecho, y de la hermosa vida
corta la Parca los secretos lazos,
lanzando un cuerpo más hacia la fosa
y un ángel más á la mansión dichosa.

¡Ha muerto ya! ¡No ha muerto, no, quimera!
 ¡Mentida realidad, muerte ilusoria!
 Rompió el alma su cárcel pasajera
 y en alas del amor subió á la gloria.
 Vive para la gente venidera;
 vive para la fe, para la historia;
 vive para que sepa el mundo entero
 que jamás el amor fué prisionero.

—
 Engracia goza del eterno día
 que el terso cielo tras su azul oculta,
 mas á los suyos la caverna fría
 aun en sus muros y humedad sepulta;
 allá cada uno su martirio ansía;
 esto el orgullo de Daciano insulta,
 y en su coraje, que venganza exhala,
 á los verdugos la prisión señala.

—
 Y fascinado el infernal torrente
 de torvas caras y callosas manos,
 una vez más el hierro esgrime ardiente;
 una vez más verdugos inhumanos
 sedientos van tras la cristiana gente,
 y sin respeto á vírgenes ni ancianos,
 embisten, cogen, tumban, hieren, huellan
 y á todos en su rabia los degüellan.

—
 Ya puedes descansar, Dux sanguinario;
 llegaste al ideal que perseguías;

ya el grito de los hijos del Calvario
no turbará tu paz en las orgías.
¿Sueñas que del olvido en el sudario
has envuelto la Cruz? ¡Ah! Desvarías.
¡Cada gota de sangre que inmolares
hará brotar cristianos á millares!

—

En vano tu coraje sangre vierte;
ni un ay arranca tu feroz tormento;
sus negras alas la siniestra muerte
sobre Engracia y los suyos batió al viento,
y ¿esperas que la historia de su suerte
ha de llevar doquier el escarmiento?
¡Ilusión baladí! ¡Das tregua en vano!
¡No conoces el alma del cristiano!

—

Así la primavera con sus flores,
sus pájaros, perfumes y alboradas,
y el calor estival con sus ardores,
sus frutos y sus noches ragaladas,
cruzaron sin sentir halagadores
para el cristiano en dichas no soñadas,
cual en la mar, que el viento leve riza,
el bajel por el agua se desliza.

—

Mas ¡ah! no puede ser tanta ventura
para quien es la lucha su carrera,
y el estío cayó en su sepultura
y asomó su encrespada cabellera
el triste otoño, que al nacer augura

lo que á los hijos de la cruz espera,
despojando á los bosques del ropaje
como signo fatal de su coraje.

IV

Aún á orilla del Orba roja humea
la sangre de la virgen heroína,
y ya por la ciudad, villa y aldea
su ejemplo cunde y su valor fascina;
de Daciano el sitial se tambalea;
lo siente, tiembla y su terror maquina,
en negra trama de falsa y dolo,
no dejar vivo ni un creyente sólo.

—

En edicto severo á los romanos
ordena que toleren los altares
del Dios de los ilusos y profanos,
y respeten también vidas y ajuares;
que la ciudad evacuen los cristianos
y en lejano país busquen casares,
y señala á tal fin el día y punto
por donde han de salir todos en junto.

—

Hijos de Nazareth, cesó el anhelo;
salid de vuestras cuevas ocultadas,
y aunque lejos de Augusta, en patrio suelo
bañe el sol de Israel vuestras moradas;

levantad majestuosas hacia el cielo
del Santuario de Cristo las arcadas;
que libres, aunque sea en ostracismo,
hundirá vuestro amor al despotismo.

Trae el alba por fin el triste día;
cierran el cielo nubes, que á montones
densas cruzan de Norte á Médiódia,
deshaciendo en el aire sus vellones;
de la ciudad la tosca puerta umbría,
que al Orba mira, fracos sus tablones,
permite ver los bosques que se tienden
entre el Orba y el Ebro que los hienden.

Por la puerta fatal salen mezclados
niños y virginales hermosuras,
ancianos por las canas encorvados,
madres con inocentes criaturas,
enfermos macilentes y extenuados
con el rostro sellado de amarguras;
y so los muros que el recinto atajan
el bosque entero de cristianos cuajan.

La puerta entonces torpe se menea
á la siniestra voz de los ediles;
rojo estandarte sobre el muro ondea;
cien verdugos vomitan los cubiles;
notas agudas el clarín vocea;
bullen soldados en el bosque á miles,

y como signo del fatal comienzo,
se alca Daciano sobre el pardo lienzo.

A tal, fieros se lanzan los sicarios:
llenan el aire gritos y alaridos;
hieren, tronchan y matan, sanguinarios;
cubren la tierra miembros desprendidos;
rugen los asesinos temerarios;
y con sangre y más sangre enardecidos,
hunden su daga donde al par taladre
al tierno niño y á su propia madre.

Y hertos ya de matanza los chacales,
con mano vacilante y temblorosa,
esgrimen sin concierto los puñales,
trocando la campiña en vasta fosa;
y la sangre que vierten á raudales,
en charcos humeante y espumosa,
es el sello de aquella zalgarda,
la más sangrienta que la historia guarda.

Más tarde todo en el silencio queda;
el sol se oculta tras lejano suelo;
densa nube de parda polvareda
tiende sobre el lugar fúnebre velo;
la luna, que se esconde en gasa y seda,
es la pálida lámpara de duelo,
y el viento sordo entre las ramas zumba
tristes plegarias á la inmensa tumba.

Todo terminó ya: el bosque umbroso,
al que prestaban al nacer el día
los arroyos murmullo sonoro
y las aves su mágica armonía,
es yermo solitario y tenebroso,
mansión de soledad y calma fría,
en cuyo césped, rigidos y yertos,
no se ven más que muertos sobre muertos.

—

Mártires de la fe, vuestra memoria,
que cantan venerandas tradiciones,
guarda el libro sagrado de la historia
para ejemplo de mil generaciones;
y porque vuestra sangre tanta gloria
escribió de la patria en los pendones,
el mundo os contempla enmudecido
y España vuestra nombres ha esculpido.

—

Sabed que donde Roma la orgullosa
intentó doblegar tanto heroísmo:
allá, do vuestra sangre generosa
sumió la tierra, sobre el sitio mismo
brotó una cruz jalegoría hermosa!
que con hundido pie cierra el abismo,
abre con su cabeza el alto cielo
y ofrece con sus brazos el consuelo.

—

¡Salve á ti, Religión grande y divinal
que con sólo el amor por combatiente,

haces de una doncella una heroína;
cruzas el Orbe del Ocaso á Oriente;
del César la cerviz á ti se inclina;
Júpiter á tus pies cae impotente,
y, astro brillante de fulgor secundo,
desde el Calvario trasformaste el mundo.

CONSUMMATUS EST

Cielo pardo, y en lo alto, en la colina
Cruz que destaca en el letal ambiente;
de ella un hijo de Israel pendiente
que su cárdeno rostro al suelo inclina;
á su pie una mujer de faz divina,
llorosa, inmóvil, pálida, doliente;
y en torno de la cruz gente y más gente,
que ebria de furia en derredor se hacina.
Llegó el momento: el mar brama iracundo,
el Orbe tiembla, ruge el viento airado,
rasga el templo su velo en cien despojos...
Es que ha expirado el Salvador del mundo,
y su madre infeliz tanto ha llorado,
que ya ni hay llanto en sus marchitos ojos.

Á LA CRUZ

Emblema hermoso del amor y el llanto,
ayer nota de infamia y villanía
y hoy símbolo de paz y de alegría
y bálsamo de penas y quebranto.
Numen del genio, del poeta canto,
sostén del débil, del perdido guía,
luz del progreso, del bajel vigía.
¡Salve y loor á ti, madero santo!
A ti, cuya cabeza erguida al cielo,
rompiendo en el zafir leves cendales,
franquea de la gloria las mansiones.
A ti, que esclava de amoroso anhelo,
abriendo en par tus brazos paternales,
llamas al pecador á tus perdones.

A CERVANTES

Sombra insigne, coloso sin segundo,
artista de la lengua castellana,
que con tu pluma fácil y galana
el lenguaje español legaste al mundo.
Ingenio sin rival, fénix secundo,
esforzado adalid de la honra hispana,
á quien en vano la horda musulmana
quiso en Lepanto hundir en lo profundo.
Cuando contemplo tu inmortal figura,
que á través de los siglos en la historia
cuanto más alejada más fulgura,
siento, como español, la vanagloria
de ver que tu olvidada sepultura
tus despojos guardó, mas no tu gloria.

AL EMMO. SR. CARDENAL CASCAJARES

AL IMPONERLE LA BIRRETA CARDENALICIA

Te dió el noble Aragón ilustre cuna,
mansedumbre su brisa halagadora,
numen el sol que su campiña dora,
valor su historia, grande cual ninguna.
La Fe en tu pecho sus firmezas auna,
la Esperanza los sueños que atesora,
la Caridad su mano bienhechora
y la Cruz sus virtudes una á una.
No extrañes, pues, que en el feliz momento
en que la Providencia se ha dignado
cenir tu sien de vivos arreboles,
este pueblo, que alienta con tu aliento,
bendiga y vitoree á su Prelado,
honra de los prelados españoles.

À ÁVILA

Avila, pueblo insigne en que nacieron
varones que á la Iglesia dieron gloria
y esforzados guerreros que en la historia
con sangre sus hazañas escribieron.
Ciudad cuyas murallas defendieron
bellas damas, que en noche perentoria,
humillando de Alá la vanagloria,
con su valor al mundo sorprendieron.
Es tal el esplendor de tus pendones,
que siempre que tus glorias yo repaso,
tu historia cual ninguna me embelesa;
pues si alguien disputara tus blasones,
tú le puedes decir: «Abreme paso,
que soy la patria de la gran Teresa.»

AL ZADORRA ⁽¹⁾

¿Por qué corres silencioso,
dando vueltas y revueltas,
huyendo de los trigales
para ocultarte en la selva?
Tal pregunté yo al Zadorra
una tarde en su ribera,
cuando de la blanca espuma
que bulle al pie de sus peñas
surgió una ninfa galana
que contestó:—Tengo penas.
—¿Penas de qué? ¿Por ventura
no embriagan tus alamedas
las doradas camamilas
y escondidas violetas,
ni en tu diáfano palacio
cuaja el alba limpias perlas,
ni te arrullan ya las tórtolas,
ni los céfiros te besan,
ni te cantan sus amores
las alondras bullangueras,

(1) Con motivo de la tradicional costumbre de *errar la carta* en la mañana de San Juan.

ni el rumor de los arroyos...?

—¡Ah! Sí, sí; mas tengo penas.

—¿O es que acaso ya no acuden
las sencillas lugareñas
á las arenillas de oro
de tu quebrada ribera,
á grabar sobre su alfombra
de su breve pie la huella?

—No, no acuden; ya no acuden,
y ese desvío es mi pena.

—¿Quién te la causa?—Mi amado.

—¿Es gentil?—Cual las palmeras.

—¿Te habrá olvidado?—Jamás.

—¿Pues qué te aflige?—Su ausencia.

—¿Tanto le amas?—Con delirio.

—¿Quién os separa?—Mi estrella.
En mis días de ventura,
en la plácida verbena
de San Juan, cuando las brisas
me regalaban esencias,
y las aves armonías,
y sus rumores la selva;
cuando á orilla de las ondas,
en las que el Zadorra alberga
finas arenillas de oro,
plateados peces y perlas,
los zagalas y zagalas,
al bullicio de la fiesta,
se decían sus amores
y se contaban sus penas;

al nacer el nuevo día
allá en las lejanas crestas,
su amor Gaztéiz me enviaba,
por las ondas mensajeras,
en una carta muy blanca,
escrita en frases muy tiernas;
misiva de nuestro amor
que al soplo de su firmeza,
resbalando en la corriente,
arribaba á mi floresta.

¡Ha ya tiempo, mucho tiempo,
cuando ríe la verbena,
la carta espero anhelante,
mas la carta nunca llega.

—¿Te habrá olvidado? —¡Imposible!
—¿Acaso...? —Su suerte negra
lo retiene en cautiverio.

—Entonces calla y espera.

—Sufro mucho. —No te inquietes.

—¡Le amo tanto! —Ten paciencia.

La ninfa plegó sus gasas,
se hundió en el agua serena
y el Zadorra, silencioso,
dando vueltas y revueltas,
huyendo de los trigales,
corrió á ocultarse en la selva.

Á LA PATRONA DE VITORIA

Virgen pura y hermosa
en quien mi paz y mi ventura estriba,
más dulce y cautivosa
que el suave néctar que la abeja liba
en el tomillo, sándalo y romero;
más blanca que la nieve candorosa
que tu hálito cuajara en el otero
para prestar al Esquilino manto.
Yo te quiero decir lo que te quiero,
mas ¡te he dicho ya tanto!
¡tanto, Madre del alma, y tantas veces!
que hoy tan sólo te dice ya mi canto
lo que te ha dicho ya, dicho con creces.
Bien sabes, Madre mía,
que ausente yo de Ti, sin ver tu cara,
un día y otro día,
lejos de mi querida tierra euskara,
fijo mi pensamiento
en tu santa hornacina,
de mis lares vecina
y en que te vi mil veces tan hermosa.

¡Qué mucho, Madre, que en febril momento
preguntara á la brisa rumorosa,

pues que de niño el corazón me diste,
si no me quieres ya cual me quisiste?

¡No recuerdas aquel lejano estío
en cuyas dulces noches placenteras,

siendo yo pequeñuelo,

te entregaba mi amor y mi albedrío
al pie de las benditas escaleras

de tu solar sagrado,

y en infantil anhelo,

ante tu bella imagen arrobado,
en lenguaje inocente,

te decía mi lengua balbuciente:

«Mira, María, yo nací á tu lado,
siempre juego á tus pies y estoy contento

y tengo sentimiento

cuando dicen que Tú me has olvidado.

Mas vuelvo á tus altares

á contarte mis penas otro día

y siento mucha más, más alegría.

No me alejes de Ti; no me separes,
porque me moriría?»

¡Y recuerdas la noche en que la suerte
me arrancó de mi hogar, y á la luz vaga
de la medrosa luna, corrí á verte?

¡Qué noche tan aciaga!

¡Separarme de Ti! ¡Cuánta amargura
pasé para dejar lo que yo amaba
esa noche precita

en que mi amarga cuita
 á la luz de la luna te contaba!
 Y al besarte te dije en mi tortura:
 «Blanca, Virgen bendita,
 mi vida y el consuelo,
 Madre mía, devuélveme á mi suelo.
 Y mientras mi destino
 me engolse por el mar de mis deberes,
 y en la tortuosa senda de la vida
 recorro mi camino,
 vela, Madre querida,
 vela, Madre de amor, por estos seres
 que sólo confiar puedo á tus manos;
 vela, Madre, por estos ancianos
 que me dieron su ser, su amor, su esencia,
 su ventura, su bien y su consejo,
 y que en mi amarga ausencia
 tan sólo, Madre, á tus cuidados dejó.»
 Así te habló mi lengua en frase ardiente
 aquella noche, aquella
 en que la blanca luna
 se elevaba pausada en el ambiente,
 recogiendo mi mística querella
 y alumbrando mi tétrica fortuna.
 Y Tú te sonreías, y yo preso
 y arrobado á tus pies en dulce calma,
 en tu santo pilar estampé un beso,
 dándote en él el corazón y el alma.
 Y Tú endulzaste su vejez sombría,
 alegrando la paz de su morada,



mientras día tras día
caminaban al fin de su jornada.

Y cuando el corvo filo
de la fiera guadaña cortó aleve
el misterioso hilo
de su existencia tan preciada y breve,
y en mi cruel quebranto
yo pronuncié tu nombre entre mi llanto,

Tú, Madre cariñosa,
junto á tus mismos pies les diste fosa.

Y la sombra feliz de la hornacina
que en tu bendita casa
guardan dos arcos en ojiva enhiestos,
es la negra cortina
que en levísima gasa
cubre callada sus helados restos.
¿Qué mucho, pues, divina mensajera,
que si tanto me quieres yo te quiera?

Tú en Belén solitario
me enseñaste á gustar de los amores
que el leve soplo del Tabor perfuma;

Tú, mártir del Calvario,
me enseñaste á sufrir en los dolores
con que el destino la existencia abruma.

Tú endulzas de mi sino
los pérvidos azares
y alumbras mi bajel en su camino
cuando navega en encrespados mares.

¿No eres mística rosa,
nacida entre claveles y jazmines,

cuya suave esencia deleitosa
perfuma los jardines
de la feliz Judea,
alegrando á las hijas de la aldea?
¿Qué mucho, pues, que cuando de Ti ausente,
miro desde la orilla
del Ebro caudaloso la corriente,
que majestuosa corta la barquilla,
y siento entre la bruma
airecillo que todo lo perfuma;
qué mucho que pregunte al leve viento
si es su aroma tu aliento?
¿Qué hé de cantar, pues, hoy ante las naves
del templo donde moras?
¿Qué te puedo decir? Lo que ya sabes;
que son lejos de Ti largas las horas
y que el no verte siempre es mi ostracismo,
porque el enamorado
sólo sabe decir siempre lo mismo
al ser idolatrado.
Perdona, pues, perdona, Madre mía,
que hoy el cantar de mi laúd amante,
en tu risueño y venturoso día,
ni tus grandes ni tus glorias cante,
cual hacerlo solía;
que en mi cantar prefiero
decirte una vez más lo que te quiero.

Vitoria, Agosto de 1897.

UN RECADITO Á LA OREJA

U
n
a
m
a
ñ
a
n
i
t
a,
c
o
n
s
u
e
ñ
o
m
u
y
l
e
v
e,
d
o
r
m
i
a
m
i
n
i
ñ
a
e
n
c
a
m
a
d
e
n
i
e
v
e.
S
u
s
r
i
z
o
s
d
e
o
r
o
e
l
a
u
r
a
m
e
c
i
a;
s
u
b
o
c
a
d
e
r
o
s
a
l
a
b
r
i
s
a
e
n
t
r
e
a
b
r
i
a;
s
u
r
o
s
t
r
o
s
t
o
p
i
n
t
a
d
o
d
e
p
u
r
o
a
z
a
h
a
r,
l
o
s
r
a
y
o
s
d
e
l
a
l
a
b
a
s
a
b
a
s
a
r.
D
e
l
A
b
r
i
l
f
l
o
r
i
d
o
e
r
a
l
a
m
a
ñ
a
n
a,
y
c
a
n
t
a
n
d
o
a
l
e
g
r
e
t
r
a
s
d
e
l
a
v
e
n
t
a
n
a,
u
n
a
g
o
l
o
n
d
r
i
n
a
d
e
n
e
g
r
o
p
l
u
m
a
j
e
b
a
t
i
e
n
d
o
l
a
s
a
l
a
s

lucía su traje,
tocando muy leve
la limpia vidriera.
Yo abrí los cristales,
entró la viajera,
y muy cuidadosa
por no hacer ruido
llegó hasta mi niña:
su pico al oído
del ángel hermoso
el ave llevó,
y muy levemente
en el gorgeó.
¿Qué es lo que le dice
en suave canto...
aquel pajarillo
á mi dulce encanto?
El ave sus alas
batía impaciente;
mi bien, mi tesoro
refa inocente;
el aura callaba;
la luz, más hermosa
sellaba cien veces
su rostro de rosa,
y yo alborozada
quería besarla,
y no me atrevía,
por no despertarla.
El pájaro alegre

tendió sus cendales;
batiendo su vuelo
cruzó los cristales,
y dando mil trinos
el viento ganó,
y la niña entonces
sus ojos abrió.

Yo de su inocencia
loca y prisionera
pregunté á mi niña
por la mensajera;
y en una sonrisa
de cándido arcángel
me dijo mi niña
que el ave era un ángel.

Y ¿acaso te ha dicho
me quieras á mí?
y ella con sus ojos
me dijo: ¡Sí, sí!
¡Quién, dije, me envía
tan dulce consuelo?

Y ella, su manita
dirigiendo al cielo,
dijo en su mirada:
Es para las dos:
es un recadito
que me envía Dios.
En su dulce boca
un beso sellé;
y el tierno chasquido

yo creo que fué,
para mi niñita
precioso elixir,
porque en el instante
se volvió á dormir.

LOS CINCO SOMBREROS

TRADICIÓN ABULENSE

I

De Aragón el rey Alfonso,
en las guerras el más bravo,
con Urraca de Castilla
se unió en amoroso lazo,
cuando en tierra castellana
corrían días aciagos
para nobles y plebeyos,
que por intrigas y bandos,
no acudían cual es ley
á dar frente al africano.

De Avila las gentes de armas
eran todas en el campo
fronterizo de los moros.

El hambre y la peste estragos
hacían en la Ciudad,
donde los que se quedaron,
recelosos de que el moro

les diera un golpe de mano,
nombraron por Capitana
á Jimena, mientras tanto
vuelva á la ciudad Fernán
su marido, ó torne Blasco
Jimeno, al que el Rey Alfonso
ha poco diera tal cargo.

—

Era una noche serena
del mes de Julio, en el año
mil ciento nueve. La luna
lenta escalaba el espacio,
tendiendo pálida gasa
en los lienzos solitarios
de la tétrica muralla
de Avila, que entre peñascos
desafiaba de Islam
los pensamientos bastardos;
cuando un mísero pastor
de tez burda y pelo blanco,
llegó á la puerta del muro;
é inquieto pidió en el acto
ver al jefe de la plaza,
y ante Jimena llevado,
de esta manera le habló
el pastor de pelo blanco:
«¡Ah! sabed, noble señora
que al frente de mil caballos
y de tropelos de infantes
tras esos cerros cercanos

camino de la ciudad
cabalga Abdalla, el más bravo
de los audaces caudillos
de nuestro enemigo campo,
y al primer sol estará
cabe estos muros cristianos.»

Jimena escuchó impasible
del pobre viejo el relato,
y con el alma en su Dios
y la sonrisa en sus labios,
contestó altiva y serena
al pastor de pelo blanco:

«Venga, si tal le pluguiere,
que en estos muros cristianos
no le han de faltar guerreros
que sabrán cortarle el paso.»

Y la ilustre capitana,
sin dar treguas ni descanso,
dispuso encender hogueras
en las plazas y cercados;
y que á favor de la noche
salga de la ciudad Sancho
Zurraquín y veinte más,
ginetes los más hidalgos,
y oteen á la morisma:
y que á unos y otros barrios
acudan los trompeteros,
y los clarines tocando
simulen que hay gente armada
por un lado y otro lado.

Y antes de la media noche
salió de la ciudad Sancho
Zurraquin y veinte más,
que, cual centelleantes rayos,
caballeros en corceles
pujantes y al freno faltos,
á favor de las tinieblas,
á escape, tizona en mano,
caen sobre las avanzadas
del moro, y tajo tras tajo,
arremeten, hieren, tronchan,
derriban cuanto á su paso
se opone, y cual torbellino,
entre sorpresa y espanto
del agareno, se pierde
en las sombras del espacio
aquel aguerrido grupo
de adalides castellanos.

II

La alborada ya por fin
aparecía en Oriente,
mitigando la impaciencia
de los nobles abulenses;
¡que es larga la noche cuando
la duda el pecho nos muerde!
Orillas del manso río
unos cien mozos, ginetes
en briosos alazanes,

cruzan del Adaja el puente,
mientras Jimena en su hogar
ciñe al cuerpo los arneses
del guerrero, y precavida,
oculta su faz de nieve
con sombrero de anchas alas,
porque bien el rostro vele;
y haciendo á sus cuatro hijas
que se vistan de igual suerte,
para que el osado moro,
cuando á los muros se acerque,
vea en ellas, no á las damas,
sino ballesteros fuertes,
bajan las cinco á la plaza,
donde tristes se guarecen,
entre los hombres que quedan,
infinidad de mujeres,
y Jimena, en voz briosa,
las arenga de esta suerte:
«Paisanas más, el moro
en derredor se revuelve
y son precisas ballestas
que nuestras almenas llenen.
Haced, pues, lo que nosotras,
que Dios al débil protege.
Ocultad rostro y cabellos,
y já los muros! que si fuere
tan audaz el africano
que á acometerlos viniese,
allá do llegue su audacia

allá su sepulcro encuentre.»
Y enardecidos los pechos
de aquellas pobres mujeres,
ciñen, cual ciñó Jimena,
á sus pechos los arneses,
y tras de su capitana
corren al muro, y en breve,
orgullosa á cada almena
una heroína guarnece.

III

Abdalla lento se acerca
á los muros abulenses
y antes de llegar á ellos
precavido se detiene;
y tendiendo á las orillas
del río todas sus huestes,
contempla desde su campo
de aquel solitario fuerte
los pardos lienzos de muro
y altivos cubos salientes;
y cuando clava su vista
en las torres y ajimeces,
brillan inquietos sus ojos,
cual rayo que el árbol hiende.
De pronto sale al galope
con otros cuantos ginete,
y al tocar cabe del muro,
corre el recinto del fuerte,

para calcular por donde
á menos costa se puede
penetrar; mas como advierta
que todo el cerco guarnecen
impávidos ballesteros,
que arma al brazo y dando frente
con orgulloso desdén
ven pasar á sus ginete,
enardecido y colérico,
clavando acicate al vientre
de su corcel, sale á escape
hacia donde está su gente;
y ya en medio de los suyos
dice, airado, de esta suerte:
«Bravos hijos del profeta,
es fuerza que como jefe
os diga que esta jornada
Alá no la favorece.
Sabéis como anoche mismo
los enemigos ginete,
rompiendo las avanzadas,
mataron á nuestras gentes.
Sabéis como sus clarines
convocaban á sus huestes.
Mil ballestas el recinto
de sus almenas protegen.
El asalto es imposible,
el asedio no se puede,
sin que guerreros cristianos
de una y otra parte lleguen.

Partamos, pues, ¡y adelante,
que Alá con nosotros viene.»
Y levantando las tiendas,
danbridas á los corceles,
montan, relinchan los brutos,
parten en densos tropeles,
y á poco allá, de la sierra
en las peladas vertientes,
de los blancos albornoces
el viento azota los pliegues.

IV

El sol, que orgulloso alumbría
los tan ingeniosos planes
de la heroína Jimena,
se despide con la tarde,
tendiendo leve cortina
en el límpido celaje.
Pelotones de ginete
se alejan entre los valles,
y se pierden en las crestas
las cimitarras y alfanjes.
Las briosas castellanas
aún coronan el adarve,
que es el moro muy astuto
y del moro hay que guardarse;
cuando un ginete divisan,
que al galope, rienda al traste,

á la ciudad se dirige,
y que muy poco más tarde
cuando está próximo al muro
y antes que la puerta ataje,
grita: «¡Albricias! ¡Han huésped
¡Loor á Jimena Blázquez!»
A lo cual la ilustre dama,
agitando el estandarte,
contesta: «¡Gloria á Castilla!»
Y entre vivas, bulla y plácemes,
las invictas defensoras,
en torno de ella agrupándose,
en ferviente procesión
van al templo de los mártires,
y postrándose sumisas
ante los sacros altares,
murmuran una plegaria;
que si es altiva y es grande
el alma de la heroína
en el fragor del combate,
es más grande, mucho más,
al pie del Dios de sus padres.
Y ya por montes y llanos
y por pueblos y por valles,
desde aquel dichoso día,
resuena por todas partes
el nombre de la heroína,
la ilustre Jimena Blázquez.

AL BORDE DEL PRECIPICIO

MONÓLOGO DRAMÁTICO EN VERSO

ESTRENADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO

EN EL

TEATRO PRINCIPAL DE ZARAGOZA

ACTO ÚNICO

Gabinete corto con puerta en el fondo. A la derecha, primer término, un balcón. Mesa con una bujía encendida al lado del balcón. Un reloj antiguo en la pared del fondo. Es de noche.

JUAN (Saliendo por el fondo).

Dia lúgubre, cruel,
de mi existencia precita,
fecha mil veces maldita,
triste engendro de Luzbel,
¿por qué acabaró tu hiel
tanta apacible ventura

y la parca fría y dura,
cercándome de la nada,
abre á mis pies despiadada
la tétrica sepultura?

—
Apara, día fatal;
ve, huye de mi memoria,
porque tu historia es la historia
de mi desdicha y mi mal:
y pues tu aliento letal
emponzoña mi ilusión,
¿por qué en la fría prisión
de mis amargos tormentos
me dejas los sentimientos,
me dejas el corazón?

—
Yo, cuando niño, soñaba
en infantil embeleso
con el chasquido de un beso,
que mis párpados cerraba:
y más tarde despertaba,
é inocente sonreía,
porque el sueño no mentía;
que aquel beso de cariño
lo daba mi madre á un niño,
que en su regazo mecía.

—
Se deslizaron los años,
y briosa juventud
me lanzó por la inquietud
de derroteros extraños;

y cuando los desengaños
preparaban mi tortura,
jamás gusté la amargura,
jamás me castigó el hado:
¡que estaba mi madre al lado,
velando por mi ventura!

—
Mientras ella respiró,
todo fué dulce, riente,
embriagador el ambiente,
que mi existencia meció:
fué su afán el que me dió,
su anhelo mi sonreir,
sus pesares mi sufrir,
y su sueño fué mi sueño...
¡que ella para su PEQUEÑO
era todo su existir!

—
(Transición.)

Mas lució el aciago día,
que hoy cuenta su aniversario;
día que tejió el sudario
á mi paz y mi alegría.
Hoy mi madre se moría;
hoy el sol de rostro ledo
me dejó, al hundirse quedo
del horizonte en el manto,
en los ojos..... mucho llanto,
y en el alma..... mucho miedo.

—
(Breve pausa.)

Un río, raudal de plata,
corre por un llano verde,
y allá á lo lejos se pierde
en donde el llano remata;
y entre un robledal, que ata
del río la curva orilla,
se vislumbra una sencilla
rústica casa de piedra,
á la que ciñe la hiedra
espesa y verde mantilla.

Hay dentro del caserío
un solitario aposento
cuya quietud turba el viento
y el ronco zumbar del río;
sobre el pavimento frío
una cama de madera,
cuya tosca cabecera
una cruz permite ver:
en la cama una mujer,
y una monja de enfermera.

Al pie del lecho, á la orilla,
un sacerdote, que reza,
inclinando su cabeza
y doblando su rodilla;
á su lado, en una silla,
un joven, que inquieto llora,
y que entre suspiros ora,
siempre á la enferma mirando,

cual si fuese aquilatando
la fiebre que la devora.

—
Silba el viento en la ventana;
el río sordo murmura;
reza su plegaria el cura;
lloran el hijo y la hermana;
la enferma débil se afana
y en el ambiente desierto
se engendra triste concierto
que las paredes traspasa
y corre toda la casa,
cual el augurio de un muerto.

—
Todo cambia de repente;
la estancia está silenciosa,
y la luz débil, medrosa
apenas cruza el ambiente;
sólo pausado se siente
un reloj, cuyo tin-tan
entona en fúnebre afán,
dentro de su tosca caja,
un cántico de mortaja
á los seres que se van.

—
La enferma, inquieta en el lecho,
se agita en temblor convulso,
(Con vivesa).
y va cediendo su pulso
y va roncando su pecho;

torna sus ojos; yo acecho
 lo que quiere y anhelante
 dice con voz espirante
¡Hijo, adiós!! caigo aterrado,
 y el reloj da acompasado
 las tres en aquel instante.

Hora de fatal agüero,
 que con sonido estridente
 vibrastes en el ambiente
 llamando al sepulturero:
 suena, suena; porque quiero
 tanto pesar concluir:
 me es una carga el vivir:
 ni esposa, ni hija, ni madre...
 ¡que cuadre al sino ó no cuadre,
 haz que deje de existir!

(Transición).

Desde esa maldita fecha
 Todo es luto y pesadumbre,
 y la necia muchedumbre,
 que mis oprobios acecha,
 en su sarcasmo me estrecha,
 y el mundo en procaz cinismo
 me relega al ostracismo,
 sin ver que con su desprecio
 me empuja y empuja ¡necio!
 hacia el borde del abismo.

(Breve pausa).

Dios mitigó mi pesar,
porque cruzó en mi carrera
una mujer hechicera
que me tornó el bienestar;
fui feliz al contemplar
su faz... ¡RECUERDO QUERIDO!
que, cual el pájaro al nido
da calor, me diste bien,
(Con mucho cariño)
¿Dónde estás? Dimelo; ven;
¿dónde moras? ¿Dónde has ido?

—
Tú me enseñaste á querer;
á tu arrullo embriagador
meció mis sueños de amor
aquel ángel ó mujer,
aquel fantástico ser
que el soñarla fué ya verla,
el mirarla fué quererla,
el quererla fué adorarla,
el adorarla embriagarla...
y el embriagarla perderla.

—
En tus minutos fugaces
libé calor en sus ojos,
ilusión en sus antojos,
miel en sus labios falaces
y sus encantos tenaces
sujetaron mi albedrío
de tal modo, que al desvío

con que su desdén me hirió,
al querer ser libre, yo
era ya suyo, no mío.

—
Yo la di mi sentimiento,
y canté tan dulce arrullo,
como el que canta al capullo
el leve soplo del viento:
la amé con mayor contento
que el marino al despertar,
más que al sol el azahar,
más que la hiedra á la encina,
que al nido la golondrina,
y que los peces al mar.

—
Y su amor y el mío en pos
se dieron místico abrazo,
y el cura bendijo el lazo
para unirnos á los dos:
y desde su trono Dios,
viendo cómo mi morada
era mi dicha soñada,
con mano santa y prolja,
un ángel me dió por hija,
para no faltarme nada.

—
(Transición)

Mas ¡qué rauda y pasajera
fué mi plácida ventura!
¡Era sobrada dulzura

para ser muy duradera!
Pues, como gasa ligera
prendida allá en el celaje
se hace trizas al coraje
de aquilón fuerte y airado...
así rompió despiadado
mi dicha un crimen salvaje.

Muere el día en el Poniente;
el crepúsculo se apaga
y su débil luz divaga,
perdiéndose en el ambiente;
la noche oscura naciente
corre su negro capuz,
y á medida que la luz
expira en la inmensidad,
misteriosa soledad
impone santa quietud.

(Con cariño).

Yo, sentado en la campiña,
y teniendo en mi regazo
al más querido pedazo
del corazón, á mi niña,
contemplo cuán bien aliña
la cabellera ondulosa
su faz dulce y candorosa;
que la luz que muere en torno,
desvaneciendo el contorno,
la hace mucho más hermosa.

Al mirarla, en mi calor,
un beso sello en su boca,
que apenas mi labio toca
porque no llore mi amor.
Se oye un lejano rumor
que crece, y á la carrera
cruza la verde pradera,
envuelto en la negra noche,
raudo como el viento, un coche
á ganar la carretera.

—
Del coche á la luz marchita,
me parece dentro ver
el rostro de mi mujer;
la duda mi furia excita;
salto; mi pequeña grita;
corro; la niña se aterra;
vuelo, grito, soy en tierra;
vuelvo; la niña no está;
la busco, mas... tarde ya...
¡me la han robado en la sierra!

—
Asustado, fatigoso,
vago en dirección incierta,
hasta que llego á la puerta
de mi casa; tembloroso
llamo; pregunto anheloso;
nadie sabe lo ocurrido;
y cuando ya dolorido
penetro en ella jadeante,

¡hallo que con un amante
mi mujer había huído!

Vértigo horrible me abrasa;
ruge en mi pecho la ira;
mi mente febril delira,
sin saber lo que le pasa;
y corriendo por la casa,
cual hostigado león
sujeto en férrea prisión,
sólo venganza sintiendo...
ni medito, ni comprendo
de mi niña la aflicción.

Madre enfangada en el lodo
de vil y asqueroso vicio,
que vuelas al precipicio,
atropellándolo todo;
esposa que de tal modo
la fiebre te precipita,
que al huir no ves, precita,
ni de mi honra el quebranto,
ni oyes de tu hija el llanto...
¡mil veces seas maldita!

Infame, pérvida, aleve,
huyes en lascivos brazos,
haciendo mi alma pedazos;
y la tuya, que es de nieve,

en su ceguedad se atreve
á desgarrar la ternura
de esa pobre criatura
que te llama en su impaciencia,
¡y no sabe su inocencia
que es su madre vil, perjurial

Sí; te busca y no pareces;
á sus afanes te escondes;
te llama y tú no respondes;
se queja y tú no la meces;
á sus ayes ensordeces
y no sabes ¡miserable!
que si en tu fuga execrable
la dejastes á mi lado,
jah!... después me la han robado
y tú, tú eres la culpable.

Tú, que la vida le diste;
tú, que su lloro acallaste;
tú, que á rezar la enseñaste;
tú, que su amor dirigiste;
tú, que en este día triste
de mi desgracia inclemente
señalas mi honrada frente
con adulterio falaz,
(Transición).
y á mis pies abres procaz
de otro crimen la pendiente.

(Dando señales de extravio mental; desesperación).

Crimen que en mi torno vaga
con misterioso secreto,
cual ambulante esqueleto
que me instiga y que me amaga.
Mi razón ante él se apaga...

¡No veo; me asfixio; siento
que me ahogo; me falta aliento!
(Se dirige al balcón).

¡Aire... la ventana... aquí...
pronto, pronto, abrirla, sí!
(La abre bruscamente).

¡Aire, viento, mucho viento!
(Una ráfaga de viento apaga la bujía, quedando la escena
luminada por la luna. Breve pausa).

—
¡Hija, por Dios, no, no tardes!
(Delirando).

¡Ah, fatídica sorpresa!
¡Hija del alma! Tú presa
de malhechores cobardes,
que quizá en torpes alardes
de barbarie y frenesí
ahora disponen de ti...

¡Ah, miserables, villanos,
si aún tenéis algo de humanos,
compadeceos de mí!
(En ademán suplicante).

—
Ved, ved con cuánta ansiedad
por todas partes la busco,
(Sigue aumentando el delirio).
y me fatigo y me ofusco

en mi pobre soledad.
 ¡Ah, tened de mi piedad,
 que ella también os lo ruega!
 ¡Sí, sí, su llanto á mí llega!
 ¡Ha pronunciado mi nombre!
 (Cambio lento).
 ¿Quién es esa fiera ó hombre
 que á que llegue á mí se niega?

—
 ¡Atrás, infames, villanos,
 que maltratáis su inocencia;
 nadie, nadie en mi presencia
 en ella pondrá sus manos;
 que el que en delirios insanos
 llegue á encender mi despecho
 para torturar su pecho
 infiriéndola un ultraje,
 á mi saña y mi coraje
 ha de sucumbir deshecho.

—
 ¡Mas ay, infeliz! ¿Qué digo? {Volviendo á la razón}
 Mi venganza es imposible;
 luchó contra lo invisible;
 es la duda mi enemigo;
 é insensato la persigo,
 sin que considere loco!
 que á medida que la evoco
 es para mí más sangrienta;
 iporque en el alma se aumenta
 más cuanto más la provoco!

No hay remedio, todo es vano;
sea mi suerte la suya;
es forzoso que concluya
este tormento tirano;
¿es de mi destino arcano
precipitarme al profundo?
¡Pues adelante! Un segundo,
aún menos, aún menos es!

(Cambio brusco.)

¡Uno y...! ¿Qué hallaré después, después que deje este mundo?

¡Suicida? No; imposible;
que mi razón no desborde;
pero me empuja hacia el borde
una fuerza irresistible;
¡destino insondable, horrible,
huye! Mi mente delira;
sin querer mi cuerpo gira
hacia ese fatal abismo;
¡ah, me arrastra el cataclismo;
hija, hija, no... mentira!

(Mirando por la ventana).

¡Te veo, sí, maldición!
¡Infames, cierran la puertal
¡Te amenazan; ah, Dios, muerta!
¡Muerta, no es fascinación!..
¡Irresistible atracción!
¡Ea, valor! ¡Quiere el sino



que selle fatal destino
mi desventurada suerte?
(Con sarcasmo).

¡Ah, si es tan dulce la muerte
cuando nos sale al camino!...
(Dirigiéndose á la mesa donde está la pistola).

¡Ven, arma fascinadora!
(Cogiendo la pistola).

¡Nadie me observa! ¡Ea, pues!
¡Que se cumpla! (Dan las tres) ¡Una, dos, tres!
¡En este día... á esta hora...
mi madre, que el cielo mora!...

(Aparece en el fondo la hija, de la mano de un guardia civil).

Tal vez. ¡Hija de mi amor!

Y yo ciego en el dolor...
Perdón, perdón, Providencia,
ultrajé tu omnipotencia,
¡misericordia, Señor!

(Cae Juan de rodillas llorando y abrazando á su hija, mirando al cielo).

(TELÓN)

ÍNDICE

	Páginas
¡Veo á Dios!	I
A la Virgen de Gaztéiz.	5
El beso	13
La batalla de Vitoria en 1813	16
A Euskaria.	21
A Teresa de Jesús	25
En el cementerio.	32
Mencia	35
A los niños	44
Villancico	47
A la Virgen de las Nieves en su dfa	49
Al Adaja	54
A mi casa natal	58
La vida	61
A orillas de la vida	63
El tamboril	70
Flores de Mayo	73
A Vitoria	75
¡Despierta, Españal!	79
Un recuerdo	85
Cantares	94
A la Virgen del Pilar	97
Mari-Pepa	99
El obrero	110
A la Virgen de mi pueblo	114

	<u>Páginas</u>
Las campanas	118
Stabat Mater	120
En Belén	123
En el Calvario.	127
La cita en el valle	131
Fe	134
Esperanza	139
Caridad	143
Fe, Esperanza y Caridad	148
A la luna	149
Gozo y llanto	152
Engracia	154
Consummatum est.	171
A la Cruz	172
A Cervantes	173
Al Emmo. Sr. Cardenal Cascajares	174
A Avila.	175
Al Zadorra.	176
A la Patrona de Vitoria	179
Un recadito á la oreja	184
Los cinco sombreros.	188
Al borde del precipicio.	197

